



PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO.

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTÍFICE.

COLABORADORES.

Bremón (Ilmo. Sr. D. José María).
Catalina (Excmo. Sr. D. Severo).
Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. de).Fabraquer (Excmo. Sr. conde de).
Fernandez Bremón (D. José).
Forteza (D. Guillermo).
Frontaura (D. Carlos).Garrido (D. Estéban).
Gonzalez de Tejada (D. José).
Hoz y de Liniers (D. V. de la).
Lafora (D. Juan Bautista).Mendoza de Vives (S.ª D.ª María).
Mestre y Marsal (D. Carlos).
Perez Guzman (D. Juan).
Pulido y Espinosa (Ilmo. Sr. D. J.).Rodriguez Cortina (D. Federico).
Sabando (D. Julian Manuel de).
San Javier (vizconde de).
Selgas (D. José).Serrano (D. Gaspar Bono).
Silió y Gutierrez (D. Evaristo).
Sinés de Marco (S.ª D.ª M. del P.).
Tamayo y Baus (D. Manuel).

PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACION.

SANTA TERESA DE JESUS.
SAN AGUSTIN, ob. dr. y fr.
SAN BUENAVENTURA, ob. y dr.
SAN GERÓNIMO, dr. y fr.
SAN IGNACIO DE LOYOLA.
SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.BALMES (D. Jaime).
BAUTAIN (abad).
BOSSUET (obispo de Meaux).
BOURDALOUE (P. Luis).
DONOSO CORTÉS (D. Juan).
DUPANLOUP (ob. de Orleans).FEIJÓO Y SOTOMAYOR (D. Benito).
FENELON (arz. de Cambray).
FLECHIER (ob. de Nimes).
FLEURY (abad).
FLOREZ (P. Mtro. Enrique).
GALLEGO (D. Juan Nicasio).GRANADA (Fr. Luis de).
GRATRY (abad).
LACORDAIRE (P. J.).
LEON (Fr. Luis de).
LISTA (D. Alberto).
MADRIGAL (D. Alonso de).MALLEBRANCHE.
MARIANA (P. Juan de).
MASCARON (ob. de Agen).
MASSILLON (ob. de Clermont).
MATHIEU (cardenal).
MONTALEMBERT (conde de).PADRE FÉLIX (de la C.ª de Jesus).
POSADA RUBIN DE C. (patriarca).
RAVIGNAN (J. Adrian de la Cruz).
SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe).
VEUILLOT (D. Luis).
WISSEMAN (cardenal).

DIRECTOR: D. LEOPOLDO M. BREMON.

SUMARIO.

Sección doctrinal: CONSIDERACIONES SOBRE EL DEBER INTELECTUAL DE LOS CRISTIANOS EN EL SIGLO XIX, por A. Gratry (continuación).—**Noticias de Roma:** Correspondencia particular.—**Sección histórica:** HISTORIA DE LOS MONJES DE OCCIDENTE, por el conde de Montalembert (continuación).—**Sección biográfica:** EL CARDENAL WISEMAN, por D. José Pulido y Espinosa.—**Sección monumental:** LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA, por D. J. L. de H.—CONTESTACION DADA POR S. S. PIO IX AL MENSAJE DEL EPISCOPADO REUNIDO EN ROMA.—EL PADRE ISLA, PINTADO POR SÍ MISMO, por don José Gonzalez de Tejada (continuación).—SANTA MARÍA MAGDALENA, por H.—**Sección recreativa:** EL ÁRBOL DE LA CIENCIA, boceto, por D. José Fernandez Bremón (continuación).—**Sección poética:** A LA VIRGEN, plegaria, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—**MISCELÁNEA.**

Grabados: La tumba de la Cristiana, en Argelia.—La Basílica de San Pedro, en Roma.—El cardenal Wiseman.—Santa María Magdalena.—Desembarque en Barcelona de los prelados españoles, transportados de Roma por el vapor *San Quintín*.—Jeroglífico.

SECCION DOCTRINAL.

CONSIDERACIONES

SOBRE EL DEBER INTELECTUAL DE LOS CRISTIANOS EN EL SIGLO XIX.

POR A. GRATRY.

(Continuación.)

Pues bien; sería tener poca fé acobardarse á la vista de la fuerza enemiga y del peligro. Aun nos quedan recursos; pero es preciso aprovecharlos.

En los tiempos de Tiberio y Diocleciano ha-

bia un gran recurso, á saber, las Catacumbas, y en las Catacumbas la Cruz. Y la Cruz venció. En los tiempos de Atalia habia otro recurso, el templo, y en el templo Joas y Joiada; el here-dero legítimo y el sacerdote de Dios. Lo mismo sucede hoy dia. En presencia del irresistible poder que nos domina, aun queda el templo de Dios, la Iglesia católica y los ministros de Jesu-cristo, y la Cruz, legítima heredera del trono. Sí, el cetro y el trono son la palabra pública fija para todos los tiempos, multiplicada para todos los lugares por la prensa; luego la Cruz es la heredera de ese trono y de ese cetro. Ella se elevará sobre ese trono, como se elevó sobre la corona de Constantino. Dios quiere que la hu-manidad nueva, despues de haber triunfado de la fuerza y de César por el martirio; despues de haber reinado, aunque imperfectamente toda-vía, durante quince siglos, triunfe de los nue-vos señores del mundo, y comience un segun-do reinado, ménos imperfecto y mil veces más fecundo que el primero.

Pero ¿quiénes son los señores del mundo? Las ideas, las doctrinas, los talentos. Ahora sí que podemos decir con San Pablo: «Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre; es contra las fuerzas intelectuales del mal... contra los reyes de

estas tinieblas que nos envuelven.» Tenemos que conquistar el mundo por segunda vez, no solamente con la sangre, sino con la inteligencia apoyada en la Cruz, como la sangre de los már-tires sacaba de la Cruz sola toda su virtud.

En nombre de la ciencia, de la razon, de la filosofía, la prensa nos anatematiza un siglo há, y el veneno de la ciencia perversa, de la falsa filosofía, se inocular en los espíritus ignorantes. Pues bien; en ese mismo terreno, Dios tiene preparado un triunfo glorioso, una manifesta-cion de luz, de ciencia y de razon cristiana, de sabiduría católica, que de seguro eclipsarán esos efímeros resplandores que nos seducen y deslumbran. Hé aquí cómo:

Dios inspira á los suyos hace cincuenta años la idea de una ciencia y de una enseñanza enci-clopédicas, iluminadas por la Cruz.

Relacionarlo todo con Jesucristo, letras, cien-cias, artes, filosofía, historia, derecho y leyes, es un pensamiento que fermenta en el seno de la Iglesia. Es la frase de San Pablo aplicada al ór-den intelectual: «Restablecerlo todo en Jesu-cristo;» ó, segun dice otra version: «Resumirlo todo, recapitularlo todo en Jesucristo;» es de-cir, concentrar en esta cabeza, en este princi-pio, en este centro todos los rayos del espíritu

humano. Y San Pablo lo ha dicho todavía con más claridad en otra parte: «Yo no quiero saber más que una sola cosa; Jesucristo, y Jesucristo crucificado.» Sí, el Cristianismo que piensa sabe hoy que esa palabra es y debe ser la divisa de la ciencia completa, profunda y extensiva á todo. Se multiplican los ensayos, se publican libros titulados: *Universidad católica*, *Enciclopedia católica*. Se hace más, se funda en Lovaina una verdadera Universidad católica que vivifica todo un reino. Más tarde, nuestro venerable hermano Newman, fundador del oratorio inglés, funda también la Universidad católica de Dublin.

En Francia nos será todavía por mucho tiempo imposible fundar un centro de enseñanza semejante. Pero en vez de sentirlo, debemos dar gracias á Dios. Esa misma imposibilidad nos dará la energía, que redobla la fuerza ante las dificultades. En vez de un centro de enseñanza oral y local, estableceremos nuestras cátedras de enseñanza cristiana sobre el trono mismo desde el cual se gobierna al mundo, la prensa.

Pero ¿cómo arrojar de sus reales al enemigo para establecernos nosotros? Es preciso considerar esta dificultad en su conjunto y sus detalles, y buscar, si lo hay, algún medio, algún camino inexplorado todavía, para llegar á la cima y dominarlo todo desde allí.

Hace más de treinta años que un hombre de una gran capacidad, y no muy propenso por cierto al fanatismo religioso, decía: «El clero católico podría, si quisiera, empuñar el cetro de la ciencia que hoy yace en tierra. Diez años de esfuerzos le bastan para ello.» Esas palabras son aun más verdaderas de lo que creía su autor, y Dios mismo prepara su cumplimiento. Dios prepara en el fondo del espíritu moderno una ciencia universal, dominada por la Cruz. Dios dispone la realización literal de las palabras de la Santa Escritura: «Los labios del sacerdote serán los depositarios de la ciencia.» Nos explicaremos.

Hablamos de la ciencia. No de las ciencias parciales, sino de la ciencia.

La ciencia es el conocimiento de lo que existe. Pues bien; ¿qué es lo que existe?

«Existen tres mundos,—dice Pascal.—El mundo de los cuerpos, el mundo de los espíritus y el mundo de la caridad, que es sobrenatural.» Aristóteles había dicho lo mismo con muy corta diferencia. «Hay, dice, tres esencias, dos naturales, una inmutable.» Es evidente que esos tres mundos existen, y que no existen más. Los cuerpos, los espíritus creados y Dios. Conocer esos tres mundos y sus relaciones, tanto como puede conocerlos el hombre sobre la tierra, es lo que constituye la ciencia.

Y siendo así, la ciencia, propiamente dicha, no ha sido jamás posible hasta nuestros días, ni ha llegado á ser posible sino por el Cristianismo.

La antigüedad no conocía ni el mundo de arriba, ni el mundo de abajo. No conocía el mundo de los cuerpos; esto es un hecho. No conocía el mundo de arriba, porque nadie puede conocerle sólidamente sino por la fé y por la revelación. La antigüedad, pues, no conocía más que el espíritu del hombre, y ese muy imperfectamente, porque no se puede conocer de una manera suficiente uno de los mundos sino por su comparación con los otros dos.

El Cristianismo, la fé, la Cruz de Jesucristo han venido á revelar el mundo superior y sus misterios. Los padres de la Iglesia y la Edad media estaban ya en posesión de dos mundos: el mundo de arriba, oscuramente revelado por la fé, y el mundo del espíritu creado, iluminado por esta revelación, de la que ha surgido una ciencia teológica y filosófica superior, sin comparación, á la ciencia de los antiguos. Pero nuestra Edad media no podía todavía ensayar felizmente la verdadera enciclopedia, ni el principio de la ciencia, propiamente dicha. Uno de los tres mundos le faltaba. El mundo visible era para ella desconocido, casi tanto como lo fué para los antiguos. Andando el tiempo, Dios ha querido dar al pueblo cristiano la ciencia de este tercer mundo. Él inspira é impele el espíritu humano á conocer por fin la naturaleza. Hace surgir espíritus llenos de fuerza y de energía, henchidos del entusiasmo de la verdad, Copérnico, Galileo, Kepler, Pascal, Descartes, Leibnitz, que han sido los creadores de todo el movimiento científico moderno, y han hecho entrar en el mundo la ciencia de la naturaleza visible. «Señor, dice Kepler, vos habeis esperado seis mil años un sér que contemplase vuestras obras. Bendito seáis. Yo me he apoderado de los vasos egipcios, y quiero hacer con ellos un tabernáculo para mi Dios.»

Ese tabernáculo, consecuencia de los descubrimientos de Kepler, no se ha terminado hasta nuestros días. Desde hace poco tiempo el hombre posee una cierta dosis de la gran ciencia de la naturaleza, la suficiente al ménos para comenzar.

Hoy, pues, por primera vez, tenemos á la vista los tres mundos: el mundo superior revelado por la Encarnación, noción oscura, pero ya profundamente estudiada por el trabajo teológico de diez y ocho siglos, trabajo inmenso, incomparable, del que el mundo exterior no se apercibe. Tenemos á la vista el mundo de los cuerpos, cuya ciencia marcha de conquista en conquista hace tres siglos. Tenemos, en fin, la ciencia del espíritu humano, enriquecida con la experiencia de todos los siglos, tanto antiguos como modernos.

Así, pues, la ciencia universal, la ciencia propiamente dicha, la enciclopedia verdadera, puede dar principio. Ya pueden compararse la teología, la filosofía y las ciencias; ya pueden

compararse los tres mundos. «Esperad, decía M. de Mestre hace cuarenta años; esperad que la afinidad natural de la ciencia y de la religion las reuna.»

¿Y qué es lo que puede llevar á cabo esta reunión y esta comparación? Solo la virtud de la Cruz. Allí está, cristianos, vuestro triunfo.

¿Qué han producido hasta ahora nuestros adversarios, los que quieren derribar la Cruz, los que quieren arrancar de la vida y del espíritu humano la práctica y la idea del sacrificio? ¿Qué han producido?

Habreis oído decir alguna vez que han producido el movimiento científico moderno. Error. El siglo xvii es quien lo hizo y quien lo creó; después solo se ha perfeccionado. Pero todos los inventores eran cristianos. Las ciencias no fueron creadas seguramente por revelación, ni por vía de consecuencia teológica, pero sí por el esfuerzo del espíritu humano, bendecido por Dios, penetrado por la sávia cristiana, por las oraciones de los santos, por la luz de los contemplativos, por la impulsión de los místicos, por la filosofía profunda de los grandes teólogos. Esas fuerzas, esas luces, esas gracias y esas bendiciones, por la virtud del sacrificio y de la Cruz, han levantado el espíritu humano hácia el amor y el deseo de la verdad.

Luego los inventores son los que nos han legado esas ciencias. Los que después las han continuado han podido ser lo que se quiera, buenos ó malos, poco importa. Por lo demás, en sí mismas todas esas ciencias, astronomía, matemáticas, física, son evidentemente neutras. Están á disposición del primero que sepa servirse de ellas, y las haga entrar, penetradas de luz y de filosofía, en la unidad de la enciclopedia verdadera.

¿Y pueden hacer esto nuestros enemigos? Veámoslo, para juzgar de sus fuerzas, de lo que hasta el presente han producido, á no ser ruinas. Dejando aparte esas ruinas, ¿qué es lo que han dicho, afirmado, demostrado? ¿qué es lo que han construido? Nada absolutamente.

Solo dos cosas pueden nombrar. La filosofía del siglo xviii y la filosofía del siglo xix, es decir, una carcajada, seguida de un acto de locura.

(Se continuará.)

NOTICIAS DE ROMA.

(Correspondencia particular.)

Sr. Director de EL MUSEO CATÓLICO:

En mi anterior procuré dar á Vds. una idea de la magnífica fiesta del 29, y por no hacer interminable aquella carta, tuve, con harto pesar mio, que guardar silencio sobre los otros mil acontecimientos que en el trascurso de unos cuantos días se han venido aglomerando en la capital del orbe católico. Hoy voy á reparar, en lo posible, aquella forzosa omisión, aunque, pasado ya el momento de la oportunidad me creo dispensado de detenerme en relatar con

detalles cada uno de los sucesos, y solo haré de ellos un breve sumario.

El conde Boschetti presentó á Pio IX el día 1.º del corriente el magnífico Album que le dedican cien ciudades de Italia. Al poner dicho Album en manos de Su Santidad, leyó el conde el mensaje en que aquellas expresaban, á nombre de todo el pueblo italiano, sus sentimientos de adhesión y respeto al Sumo Pontífice. Durante la lectura, Pio IX manifestaba en su semblante una profunda emoción, y al terminarse contestó con acento conmovido las siguientes palabras:

«Desde este sitio distingo la columna de Adriano, sobre la cual está la estatua que recuerda el hecho de que, en una época muy triste para Roma, se mostró allí el ángel del Señor como para responder á las oraciones de uno de mis predecesores, envainando su espada. La justicia de Dios quedaba aplacada, y el fatal azote que cortaba tantas existencias se alejaba de la Ciudad Eterna.

Otros males más graves han venido en estos últimos tiempos á abrumar con todo su peso á Roma, á Nos y á todo el mundo católico: Nos hemos dirigido nuestras preces á Dios; el episcopado, las órdenes monásticas, el clero, todos los buenos católicos han orado en nuestra compañía; pero la justicia divina, en sus miras impenetrables, no ha creído aun oportuno envainar la espada, y pide de nosotros nuevas lágrimas y nuevas oraciones.

Continuemos, pues, orando para que cese la tempestad y para que esta Sede de Pedro, que es el florón más bello de la corona de Italia, obtenga el respeto y aun el amor de sus enemigos.

Apoyémonos en la intercesión de los bienaventurados Pedro y Pablo y de los nuevos santos, que en este feliz aniversario, diez y ocho veces secular, del martirio de los gloriosos apóstoles, ha dado la Iglesia á nuestra veneración.

Ahora empiezan las Vísperas del 2 de Julio; día aniversario de la liberación de Roma en 1849, y ese recuerdo y esa coincidencia me inducen á augurar completo éxito para las oraciones continuadas.

En medio de todas las amarguras que inundan nuestra alma, siente inefable consuelo al ver esta reunión de los verdaderos representantes de Italia, que prueba que en esa Italia hay gran amor hacia Nos y la cátedra de Pedro. Alabemos á Dios por ello.

Se dice que yo no amo á los italianos y á la Italia. Nunca he odiado á nadie, y Dios sabe cuánto he amado, cuánto amo aun á la Italia. Pero yo deseo su verdadero bien y su verdadera grandeza, y si no amo su unidad, es porque ha salido de traiciones y de usurpaciones...

Por lo demás, hijos míos, agrupaos alrededor de esta Sede apostólica, de la que saldrán todos los bienes para nuestro país y de la que descenderá la bendición divina sobre vosotros y vuestra familia. Sé que hay entre nosotros hermanos que ven á sus hermanos en las vías de perdición, padres que lloran el extravío de sus hijos, y quiero que la bendición de Dios descienda sobre vosotros y vuestras familias, y muy especialmente sobre esos infortunados, víctimas del extravío, para que se enmienden y sigan vuestras huellas en las vías de la fe y de la piedad.

¡Que esta bendición os acompañe en vuestro viaje, en vuestras ocupaciones, en todos los actos de vuestra vida, y sobre todo en aquel en que, privados de todo consuelo humano, abandonados por todos, no tengáis otro amigo que Jesús!

Esta bendición os será entonces de gran auxilio, abriendo vuestra alma para la esperanza de otra que sea eterna en el cielo.»

El día siguiente al en que el Papa recibió el tributo de homenaje de las ciudades italianas, se verificó un acto análogo al anterior, y que en otro cualquier país hubiera tenido un simple carácter oficial, pero aquí, donde nuestra santa religión proyecta su divina luz sobre todas las cosas, ha tomado una forma menos profana. Me refiero á la recepción de los españoles por Su Santidad.

Natural era que los que á la voz del sucesor de San Pedro abandonaron su patria y cruzaron los mares para congregarse en la Ciudad Eterna, solicitasen, antes de abandonarla, la honra de despedirse del Sumo Pontífice y recibir su apostólica bendición. Señalada la audiencia para el día 2, se reunieron en el Vaticano unos 150 españoles, la mayor parte eclesiásticos, y tras una breve detención en la antecámara, fueron introducidos á la presencia de Su Santidad. Pio IX los recibió con la dulzura y afabilidad que le son peculiares, recorrió las dos filas en que estaban formados, dirigiéndoles individualmente la palabra y distribuyendo entre ellos medallas de bronce primorosamente acuñadas. Terminada la recepción, pasaron á saludar al cardenal Antonelli, quien les manifestó su agradecimiento por aquella muestra de deferencia.

A continuación transcribo el texto del mensaje que los españoles residentes en Roma han dirigido al Sumo Pontífice. Dice así:

«Santísimo Padre: Con este título os saludan en tan memorable día los españoles que suscriben. Grande es vuestra gloria y considerable vuestra fuerza como Piedra que sois inmutable y fundamental de la Iglesia de Jesucristo. En cuanto á vuestra piedad, nos acordamos siempre que á Vos debemos el gozo inefable de aquel día en que fué definido el dogma de la Inmaculada Concepción de María nuestra Madre, y en lo referente á vuestra soberanía, vemos en Vos al Padre de todos los pueblos, al rey de todos los reyes de la tierra, al único salvador que el divino Jesús dejó entre nosotros para preservar á nuestro siglo de la anarquía y la barbarie. Por último: si consideramos vuestras heroicas virtudes, sois un modelo de sacrificios, la columna de la verdad, el fiel guardián de la justicia, el Padre de corazón tierno y de inagotable bondad. En medio de tantas grandezas, ¿qué otro título os conviene mejor que el de Padre? Tal es el que hoy eligen vuestros humildísimos hijos.

Si osamos nosotros, españoles, ofreceros nuestra pluma, nuestros sacrificios, nuestros intereses, nuestra sangre y nuestra vida, es porque sabemos que no despreciáis á los que os imploran, y que los dejáis llegar hasta Vos, imagen fiel de Nuestro Señor Jesucristo.

Siempre, Santísimo Padre, nos vereis poseídos de los mismos sentimientos, y á la faz del mundo entero, para confusión de vuestros enemigos y los nuestros, diremos que hemos visto la paz más envidiable y la libertad más santa asentadas en el trono de la bienaventurada Roma. Diremos también que hemos llorado de ternura al contemplar el entusiasmo con que os aclaman vuestros súbditos; protestaremos, con toda la energía de la fe, contra las imposturas y calumnias que se inventan para atacar vuestro dominio temporal y el altar del verdadero Dios.

Y, por último, no cesaremos de decir que queremos continúe Vuestra Santidad en Roma, donde ha sido colocado por la divina Providencia para ser modelo de reyes y pacificador de las naciones. ¡Que el Señor Dios de los ejércitos apresure el día del triunfo, y que la Reina de los cielos os proteja! Así lo piden á Dios, de rodillas á vuestros pies, los que solicitan de Vos su bendición apostólica.—Roma, días del aniversario de vuestra coronación, año del Señor, 1867.—(Siguen las firmas.)»

El Sumo Pontífice contestó dando gracias por su afecto á los españoles que suscriben el mensaje, y otorgando la bendición apostólica á ellos, sus familias, sus amigos y las poblaciones y provincias á que pertenecen.

Siento un verdadero orgullo al considerar el importante papel que España ha hecho en Roma en esta ocasión. Su ilustrado y virtuoso episcopado, su instruido clero, han dado aquí repetidas pruebas de sus relevantes dotes, y el crecido número de españoles seglares que voluntariamente, é impulsados

solo por su fervor religioso, han acudido á rendir respetuoso homenaje al Padre común de los fieles, son la mejor protesta del catolicismo español contra ese mal llamado espíritu moderno, cuyo carácter distintivo es la despreocupación en materias religiosas, espíritu que parece aspirar al dominio moral de los pueblos y de las conciencias.

En el Consistorio celebrado el 12, Su Santidad se ocupó de los asuntos de Méjico, consagrando un tiernísimo recuerdo al desgraciado emperador Maximiliano. En la Capilla Sixtina se celebrarán unas solemnes honras fúnebres por el eterno descanso del alma de aquel infortunado monarca.

Ayer debió salir de Civitta Vecchia el buque de guerra que conduce á los prelados españoles. Los de las demás naciones, unos han abandonado y otros se disponen á abandonar esta ciudad. Dentro de pocos días la emigración habrá terminado, y Roma recordará su imponente severidad y su majestuosa calma, momentáneamente turbadas por el bullicio y la alegría de las pasadas fiestas.

Aquí hemos recibido ya el primer número de EL MUSEO CATÓLICO, que ha encontrado la más lisonjera acogida entre todos los que anhelan vivamente el triunfo del Catolicismo. Esa especie de contrarrevolución cristiana que Vds. han emprendido, sirviéndose de la prensa, arma la más terrible y poderosa que emplean para combatirnos los enemigos de la fe, no puede menos de hallar un eco en todos los corazones verdaderamente creyentes. No desmayen Vds. ante las dificultades, ni les arredren los obstáculos, que con fe y constancia siempre crecientes, y con la decidida cooperación que de seguro han de hallar en todos los buenos católicos, darán Vds. cima á su empresa, lustre y gloria á la religión y un terrible y mortal golpe á los enemigos del Cristianismo.—N.

Roma 14 Julio.

SECCION HISTÓRICA.

LOS MONJES DE OCCIDENTE

DESDE SAN BENITO HASTA SAN BERNARDO,

POR

EL CONDE DE MONTALEMBERT

de la Academia francesa.

(CONTINUACION.)

¡Pero cuántos males, cuántas amarguras durante aquellos largos y sombríos siglos y antes de esa ruptura final! No eran ya los paganos, sino los cristianos, los que perseguían el Cristianismo. No era ya desde el seno de un pretorio ó de un circo desde donde el emperador, personificación de la antigua é implacable Roma, enviaba los cristianos á las fieras; era en el seno de los Concilios, y en nombre de una ortodoxia de contrabando, como dictaba sus decretos, marcados con el triple sello del ardid, de la astucia y de la crueldad. Antes de llegar á los destierros y á los suplicios torturaba las conciencias y las inteligencias con formularios y definiciones.

Los más hermosos géneos y los más nobles caracteres de esta época, tan fecunda en grandes santos, se consumían inútilmente razonando con aquellos casuistas coronados que dogmatizaban en lugar de reinar, y sacrificaban á miserables

querellas la majestad de la Iglesia y la seguridad del Estado. El destierro debía parecer un consuelo á aquellos santos confesores, condenados á disputar respetuosamente con tales adversarios. Entre tanto que el imperio se desmoronaba y las naciones vengadoras entraban en tropel por la brecha, estos piadosos autócratas, señores de un clero que no cedía en servilismo á los eunucos de la antecámara imperial, escribían libros de teología, establecían formularios, inventaban y condenaban herejías en confesiones de fé, á su vez heréticas (1). Y como si no fue-

ran bastantes estos teólogos coronados, había que soportar también á las emperatrices que se mezclaban en dirigir las conciencias, definir los dogmas é influir en la conciencia de los obispos. Un Ambrosio se vió envuelto en las redes de una Justina, y un Crisóstomo víctima de las locuras de una Eudoxia. Bajo aquel miserable régimen la insensatez y la bajeza parecían naturales.

Se citará el nombre de Teodosio; ¡pero qué sangrienta luz no proyecta sobre el estado de aquel pretendido imperio cristiano la célebre penitencia

que hace tanto honor al gran Teodosio y á San Ambrosio! ¡Qué sociedad era aquella, en que podía decretarse á sangre fría el destrozo de toda una villa para vengar la injuria hecha á una estatua! ¡Qué horrible relato el de los tormentos y suplicios impuestos á los habitantes de Antioquía, antes de que la intervención del obispo Flavio desarmase la cólera imperial! ¡Y además, para un Teodosio, cuántos Valentes, cuántos Honorios, cuántos Copronimas! La tentadora seducción de la omnipotencia desvanecía aquellas pobres cabezas. Los príncipes cristianos no



LA TUMBA DE LA CRISTIANA, EN ARGELIA.

podieron sustraerse á su influjo más que los príncipes paganos. A monstruos de crueldad y de lujuria, tales como Heliogábalo y Maximiano, sucedían prodigios de imbecilidad é inconsecuencia.

Lo que más debía amargar la existencia de la Iglesia era la pretensión que tenían aquellos infelices Señores del mundo de hacer de ella su protegida. Bien caro pagaba el apoyo material que la prodigaba el poder imperial, protegiéndola sin honrarla y hasta sin comprenderla. Cada decreto dado para favorecer el Cristianismo, para cerrar los templos, para abolir los sacrificios del antiguo culto, para extirpar los últimos restos del paganismo, iba acompañado ó seguido de algún acto encaminado á resolver cuestiones de dogma, de disciplina ó de gobierno eclesiástico. Una ley de Teodorico II imponía, en 428, la pena de trabajos forzados en las minas á los herejes, y él mismo era eutichiano. De este modo la herejía, creyéndose bastante ortodoxa con proscribir á todo el que no pensaba como ella, subía al trono en donde la esperaba la Omnipotencia.

Aquel mismo emperador y su colega Valentiniano II decretaron la pena de muerte contra la idolatría. Pero la idolatría reinaba en su propio corazón y en cuanto les rodeaba. La tradición pagana de la divinidad del príncipe impregnaba la corte y todos los actos del gobierno (1). Los más piadosos, el gran Teodorico mismo hablaba de sus *sagrados* palacios, de su *divino* aposento, y permitía á ciertos funcionarios que fuesen á adorar su *eternidad*. Ese mismo Valentiniano, que castigaba con la pena de muerte á los idólatras, intentó un día llamar á las armas á los romanos contra una invasión de los vándalos, y declaró que su proclamación estaba firmada por la *mano divina*, queriendo hablar de la suya (2).

Así la divinidad del príncipe, esa invención de los Césares que había puesto el sello á la degradación de Roma y colocado la servidumbre bajo la sanción de la idolatría; esa repugnante quimera que había sido el principal pretexto de la persecución y había bebido la sangre de tan-

tas víctimas humanas, existía todavía un siglo después de la paz de la Iglesia. No se hacían ya sacrificios á los Césares después de muertos, pero durante su vida se les proclamaba divinos y eternos.

La Iglesia ha sufrido muchas pruebas; muchas veces ha sido perseguida, muchas comprometida, vendida ó ultrajada por indignos ministros. Yo no sé, sin embargo, si alguna vez ha visto tan de cerca como entonces el precipicio, en el cual Dios la ha prometido que no caerá jamás. Yo no sé si alguna vez ha sufrido una suerte más triste que bajo aquella larga serie de monarcas que se titulaban sus bienhechores, sus protectores, y la negaban á la vez la libertad, la paz y el honor.

Si tales eran las miserias de la Iglesia, tan joven aun y tan próxima á su sangrienta cuna, ¿cuáles no serían las del Estado, las de la sociedad laica? Una sola frase basta para definir aquella sociedad. El paganismo todo estaba dentro de ella. Así lo ha demostrado uno de los más excelentes historiadores de nuestro siglo: «La sociedad civil parecía ser cristiana como la sociedad religiosa. Los soberanos, los pueblos,

(1) Tales fueron la *Henótica* del emperador Zenón en 482, condenada por el Papa Félix III; la *Ecthesis* de Heráclio, condenada por el Papa Juan IV, y el *Typo* de Constante II, condenado por el Papa San Martín.

(1) Franz de Champagny, *De la caridad cristiana en el siglo IV*, pág. 358.

(2) Et manu divina: Proponatur, etc. (Nov. tit. XX.)

habian en su mayoría abrazado el cristianismo; pero en el fondo la sociedad civil era pagana; conservaba del paganismo sus instituciones, sus leyes y sus costumbres.» Tal era la sociedad que el paganismo habia creado; de ningun modo la que debia crear el cristianismo (1).

Y cuenta con que ese paganismo era el paganismo en su forma más degenerada, hasta el punto de que la política de los hábiles consistia, segun Tácito, en soportar emperadores cualesquiera (2). Toda la grandeza romana no habia servido más, segun la fuerte expresion de Montesquieu, que para saciar la felicidad de cinco ó seis mónstruos. Despues de Constantino, los soberanos valen ménos que esos mónstruos, pero las instituciones valen ménos todavia. Ciento veinte millones de hombres no gozan otro derecho que el de pertenecer á un solo hombre, al amo advenedizo que un capricho del ejército ó una intriga de corte llama al poder.

El despotismo, al envejecer, se hace á la vez más débil y más vejatorio. Pesa sobre todos y no protege á ninguno. El poder de uno solo, dice Salvieno, es la ruina del mundo, *unus honor, orbis excidium*. La paz y la seguridad desaparecen de todas partes. Despues de la conversion de Constantino, como antes de él, cada reinado estrecha la trama de esa fiscalizacion que acabó por arruinar el trabajo y la propiedad en el mundo romano. Con ayuda de la jurisprudencia se erige el emperador, como representante del pueblo soberano, en propietario supremo de todos los bienes del imperio. El impuesto acaba de absorber lo que la delacion y la confiscacion no han agotado del patrimonio de los hombres libres. Hasta la libertad de respirar, dice Lactancio, hay que comprarla. Segun Zosimo (3), los padres llevaban sus hijas al *lupanar* para tener con qué pagar al fisco. El propietario, el ciudadano no es más que un deudor público, y se le trata con toda la barbarie de los antiguos romanos contra sus deudores; se le encarcela, se le azota, se azota á su mujer y se le venden sus hijos (4). Se emplea la tortura

como un medio de cobrar: esta costumbre, usada en otro tiempo solamente contra los esclavos, se hace despues extensiva á todos los ciudadanos. Así es como el poder absoluto entiende y practica la igualdad.

La república romana, dice Salvieno, expira ahogada por el impuesto, como el pasajero que expira á manos de los salteadores. El imperio, nacido en medio de las proscripciones del triunvirato, completaba dignamente su obra con una fiscalizacion que era para sus desesperadas víctimas una especie de proscripcion universal.

El sistema administrativo fundado por Diocleciano, recargado por los emperadores cristianos y terminado por Justiniano, llega á ser el azote del mundo. Es preciso leer en Eumérides, en Lactancio, en Salvieno, que escribia un siglo antes de la conversion de Constantino, el cuadro de aquella opresion, la más ingeniosa y la más cruel que abrumó jamás á pueblos civilizados. Pero no es en los padres y en los historiadores, sino en el texto mismo de las leyes del imperio, donde se encuentra el cuadro más elocuente de las vergonzosas miserias del mundo romano. La hipocresía del lenguaje no basta á disfrazar la brutalidad de los hechos ni el horror de la servidumbre universal (1).

La aristocracia, primera víctima del despotismo, privada á la vez del poder y de su independencia, sustituida en todas partes por la administracion, conserva los títulos pomposamente ridículos de *excelencia, eminencia, serenísima, clarísima, perfectísima*, que á nadie ocultan su nulidad, pero cuya usurpacion, hasta por descuido ó por ignorancia, se castiga como un sacrilegio. La clase baja de las villas, á la que se hace responsable de los impuestos y se la condena á las magistraturas como á las galeras, sufre, bajo el nombre de *curiales*, una opresion sábiamente organizada é inflexiblemente aplicada. Una ley de los dos hijos de Teodosio castiga con la confiscacion de los bienes la impiedad del desgraciado propietario que abandona aquellas villas, convertidas en prisiones, para ir á refugiarse al campo (2).

En los campos nada hace distinguir los colonos de los esclavos: la poblacion agrícola, esclavizada por las abominables exacciones del fisco, falta de proteccion y de estímulo para el trabajo, abandona el cultivo y huye á los bosques. Unos se insurreccionan, siendo perseguidos y degollados como bestias feroces. Otros anticipan la dominacion de los bárbaros yendo á unirse á ellos. Esta cautividad les parece ménos dura que la esclavitud imperial, y su úni-

co deseo es no volver jamás á ser romanos (1.)

No es cosa rara, dice Orosio, encontrar romanos que prefieren una pobreza libre, entre los bárbaros, á las angustias de una vida atormentada por las exacciones de Roma. Bossuet resume la situacion en dos palabras: «Todo parece en Oriente... todo el Occidente está abandonado.» El trabajo se retira, el suelo permanece inculto; la poblacion disminuye. En todas partes reina la impotencia, la decadencia y la muerte. Las provincias, invadidas y devastadas á porfia por los bárbaros y por los oficiales imperiales, no han conservado siquiera la energía suficiente para sacudir el yugo. *El universo se muere en Roma*, dicen los señores galos al emperador Avito (2): la misma Roma parece condenada á morir abandonada por los emperadores y saqueada por los godos. Nada le queda ya de aquellos hermosos dias en que la libertad romana y su majestad cívica proyectaban sobre la naturaleza humana una luz, cuyo recuerdo es, gracias á Dios, inestinguible.

De aquellas dos grandes cosas, las más grandes quizá de la historia profana, el senado y el pueblo romano, *senatus populusque romanus*, hé aquí lo que habia llegado á ser pueblo. En cuanto al Senado, más envilecido todavia, si es posible, que el pueblo, solo intervenia en el gobierno para sancionar todos los crímenes y recompensar todas las bajezas. Durante los cinco siglos transcurridos entre Augusto y Augústulo, vivió sin dejar un solo acto ó una sola discusion digna de memoria. En cambio sus procesos verbales registran cuidadosamente el número de las aclamaciones con que saludaba á los nuevos emperadores, y el de las imprecaciones con que perseguia á los soberanos caidos y hasta á los mismos que más habia adulado. Excluido de toda accion política despues de Diocleciano, permanece solo como una especie de gran consejo municipal, encargado de deshonorar en la historia el nombre y el título de la más augusta Asamblea que ha gobernado nunca á los hombres.

Nada ha igualado á la abyeccion de estos romanos del imperio. Libres, habian conquistado y gobernado el mundo. Esclavos, ni aun saben defenderse. En vano cambian de amos: se dan dos, luego cuatro; extienden el despotismo de todas suertes. Con la antigua libertad ha desaparecido toda virtud y todo vigor. Allí no queda ya más que una sociedad de funcionarios, sin sávia, sin honor y sin derechos.

Digo sin derechos, porque en todo el mundo imperial nadie poseia ni siquiera la sombra de

(1) Guizot, *Historia de la civilizacion en Francia*, lec. II. Y añade: «La sociedad cristiana no se ha desarrollado hasta más tarde, despues de la invasion de los Bárbaros, y pertenece á la historia moderna.» Aquí debemos rendir homenaje al hombre eminente que hace casi treinta años, y antes de que hubiera tenido lugar ninguna tentativa católica para regenerar la historia, ha sabido tratar á la Iglesia, de la cual no tuvo la dicha de ser hijo, con una justicia, insuficiente sin duda, pero imparcial, brillante, y harto poco apreciada [por aquellos mismos á quienes más debia interesar.

(2) Bonos imperatores voto expetere, qualescumque tolerare. *Histor.* IV, 8.

(3) *Histor.* II, 38.

(4) Hé aquí un rasgo que no es ajeno á nuestro asunto y demuestra el estado en que se hallaba el Egipto romano y cristiano en el siglo IV. Un salteador, que despues se hizo monje de la Tebaida, se lo refiere así al célebre abad Paphnucio: «Inveni aliquam formosam mulierem errantem in solitudine, fugatam ab apparitoribus et curialibus praesidis et senatorum, propter publicum mariti debitum. Sciscitatus sum ex ea causam fletus. Illa dixit. Cum maritus tempore biennii ob debitum publicum trecentorum aureorum saepe fuerit flagellatus, et in carcere inclusus, et tres mihi carissimi filii venditi fuerint, ego recedo fugitiva... etiam errans per solitudinem saepe inventa et assidue flagellata, jam tres dies permansi jejuna...» El salteador se apiada de aquella víctima de los magistrados, la da el oro que habia robado, y á ella y á los suyos los pone á cubierto de todo ultraje: *citra probrum et contumeliam*. Este rasgo de piedad le valió la misericordia de Dios y su conversion. PALADIUS. *Historia Lausiaca*, cap. 63.

(1) Véase el bello capítulo de la *Historia de los Orígenes merovingios* de LE HUÉRON, titulado: «Verdaderas causas de la disolucion del imperio romano.» Tit. I, pág. 420-453.

(2) Curiales... jubemus moneri ne civitates fugiant aut deserant, rus habitandi causa; fundum quem civitati prætulerint scientes fisco esse sociandum, eoque rure esse carituros, cujus causa amplos se, vitando patriam, demonstrarint. L. curiales, 2. Cod. Teod. lib. 42, título 48: *Si curiales*.

(1) Maluit sub specie captivitatis vivere liberi, quam sub specie libertatis esse captivi... Unum illic omnium romanorum votum est, ne unquam eos necesse sit in jus transire romanum. *Salvien*, op. cit. v. 5, 8.—Interdum vi nimio amaritudinis etiam adventum hostium postulantes.—*Ibid.* VII, 46. Jam inveniuntur inter eos romani qui malint inter barbaros pauperem libertatem, quam inter romanos tributariam sollicitudinem sustinere. *Oros.* Hist. VII, 41.

(2) Sidonio Apolinario. Paneg. de Avitus.

un derecho serio y sagrado. Yo lo afirmo públicamente contra todos los sabios panegiristas de aquel régimen. El imperio romano, tipo y cuna de todas las servidumbres modernas, ha encontrado en nuestros días, en que se experimenta voluntariamente la necesidad de justificar el presente con teorías tomadas del pasado, apologistas y admiradores numerosos. Nos ponderan sobre todo lo que ellos consideran como la más alta expresión de la civilización romana, los progresos del derecho civil y de la igualdad democrática.

Pero el derecho romano, que ayudó á los patricios á organizar bajo la república el gobierno más fuerte y más libre que la historia ha conocido, había cambiado de faz y de naturaleza bajo el imperio.

¡Qué irrisión y qué miserable quimera no es la enseñanza y la práctica del derecho civil en un Estado en que la persona y la propiedad de todo ciudadano se hallaban entregadas, sin defensa posible, á los caprichos de los mayores malvados que ha conocido jamás el mundo! El derecho romano, tan humano, tan tutelar, tan liberal hasta el tiempo de las proscripciones, se había convertido entre las manos de los emperadores en un sistema por el cual, según la fuerte expresión de Bacon, se torturaba las leyes para torturar á los hombres. En cuanto al derecho público, tal era la anarquía en que se hallaba, que de los treinta y cuatro emperadores que reinaron desde Cómodo hasta Diocleciano, en plena edad de oro de la jurisprudencia romana, treinta perecieron á manos de sus sucesores. Yo por mí declaro que no conozco en la historia un espectáculo más repugnante y más grotesco que el de los trabajos de todos aquellos juriconsultos que cortaban un pelo en el aire sobre cuestiones de usufructo y de usucapion, sobre las tutelas y los interdictos, y no supieron, durante cinco siglos, levantar una barrera contra las violencias sanguinarias de una horda de pretorianos, ni contra los monstruosos caprichos de un Heliogábalo ó de un Cómodo. Por lo que toca á la igualdad, su única garantía era el título de ciudadano romano prostituido por Caracalla como una irrisión suprema ante el esclavizado mundo. Aquel digno sucesor del César, que pensó hacer un cónsul de su caballo, supo bien lo que se hizo al conceder á todos los habitantes de las provincias, exentos de ciertos impuestos, la plenitud del derecho cívico de pagar al fisco todo lo que el fisco exigía. Los pueblos, gratuitamente honrados con aquel título, sabían también demasiado lo que valía. El nombre de «ciudadano romano», dice Salvieno, tan apreciado en otro tiempo y tan caramente pagado, todos le miran ya no solo como una distinción vana y vergonzosa, sino como una especie de abominación.

(Se continuará.)

SECCION BIOGRÁFICA.

EL CARDENAL WISEMAN.

Proponiéndonos dedicar un artículo al ilustre prelado cuyo nombre encabeza estas líneas, hemos preferido transcribir en su lugar el notable discurso biográfico leído en su elogio, en Junio de 1866, ante la Academia Real de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso, por nuestro distinguido colaborador el Ilmo. Sr. D. José PULIDO Y ESPINOSA, á quien debemos tan importante trabajo.

El deseo de darle á luz íntegro en nuestras columnas nos obliga á dividirlo en dos partes, á pesar del reducido carácter de letra que para su publicación hemos adoptado.

Dice así el notable escrito á que nos referimos:

SERMO. SR.:

Señores académicos: Cada vez que la Academia se digna darme un encargo de la naturaleza del que hoy va á ocuparnos, se establece una fuerte lucha en mi espíritu entre el sentimiento y la desconfianza.

Me arranca lágrimas de honda pena el ver desaparecer del catálogo de nuestros ilustres académicos á hombres tan grandes y tan notables como los que más de una vez hemos biografiado; y desconfiando de mis propias fuerzas, no quisiera yo (el último entre vosotros) ser narrador de tanta sabiduría y de virtud tanta como encierra la historia de egregios varones á quienes la inexorable segur del tiempo nos ha arrebatado para siempre...

¡Triste condición humana!... ¡Qué corta es la distancia entre la ovación y la apoteosis! Hoy en alas de la ciencia se eleva el genio; y mañana cae como flor que se marchita, como sombra que se desvanece.

Señores: hace pocos meses que el cardenal Wiseman era una luz del mundo y la más fundada esperanza de la Iglesia católica; y hoy... todos lloramos la irreparable pérdida de aquel faro luminoso del mundo científico y del mundo cristiano: y Sevilla que lo vio nacer, y Roma que lo educó, y Londres que admiró su gloria, y Madrid que asoció su nombre á todos sus centros científicos, lo recuerdan y lo enaltecen, y escriben sus hechos y su vida para que la posteridad no se prive de la grata memoria de un personaje que honró la Iglesia y honró su siglo.

Hé aquí, señores académicos, que vosotros, como los que más, quereis tributar hoy este justo homenaje al gran prelado, al filósofo profundo, al sabio escritor que tuvimos la dicha de contar en nuestro número y verlo unido á nosotros por los vínculos de la ciencia y por los vínculos de la fé.

La historia, fiel narradora de las cosas y las personas de cada siglo, dará un lugar muy preferente á nuestra patria, que si en todas épocas ha dado grandes hombres, en la actual puede envanecerse con el extenso catálogo que ya cuenta de las primeras eminencias en todos los ramos del saber humano, hijos de nuestra España, nacidos en nuestro suelo.

Apenas comenzaba el presente siglo. Era el 3 de Agosto de 1802, cuando nació en Sevilla nuestro inolvidable D. Nicolás Wiseman. No parecía sino que providencialmente heredaba un nombre propio y adecuado, que había de alcanzar en el tiempo.

En efecto, señores, *Wiseman* (esto es, hombre sabio) es el nombre más conveniente que pudiera darse al célebre cardenal, que desde sus primeros años supo dirigir y encaminar los actos todos de su vida al merecimiento de aquel nombre, présago, sin duda, de la sabiduría con que había de enriquecer su inteligencia, y el más esclarecido timbre de su nobleza é ilustre ascendencia.

Y como la sabiduría no cabe jamás en alma maligna, no necesito encomiaros las altas dotes morales y religiosas del venerable prelado, designado por Dios para la restauración religiosa de la Gran Bretaña, y para preparar, tal vez, la grande obra de la unidad cristiana, á la que marcha progresivamente el linaje humano en cumplimiento de los sagrados vaticinios.

Si el semblante es, señores, el sobrescrito del alma, como escribía el santo y sabio hijo de los condes de Aquino, cabalmente el alma del Dr. Wiseman debía ser tan pura y tan activa como aparecía en aquel rostro hermoso, noble y expresivo. Su talla alta y majestuosa y sus maneras distinguidas le daban un gran realce á su persona, uniéndosele un carácter dulce, franco y liberal hasta excitar las simpatías de cuantos tuvieron la dicha de conocerle.

Sentimos infinito no haber podido hacernos con todas las noticias referentes á los primeros años de la vida de este ínclito personaje, como igualmente de otros muchos notables pasajes de su laboriosa carrera, pues bien merece escribirse extensa y detalladamente cuanto concierne á hombres de la talla del cardenal Wiseman. Solo hemos adquirido que desde muy tierna edad fué llevado por sus padres, D. Diego y doña Francisca Javiera Strange, á Durhan, en Inglaterra, á fin de prepararlo á los exámenes de ingreso en el colegio católico de *Saint Cuthbert* en Wsaw; pero bien pronto después pasó á Roma é hizo sus estudios teológicos y completó la carrera eclesiástica; y ordenado de sacerdote, permaneció muchos años consagrado á la enseñanza, como profesor que fué nombrado de lenguas orientales en la universidad de Roma.

Comenzaba el año 1835, y ocupaba la silla de San Pedro el venerable Pontífice Gregorio XVI, aquel sabio benedictino, que á sus grandes cualidades de fortaleza de ánimo, reunía las más necesarias dotes de un gran rey y de un gran Papa.

La elección de personas, señores, es sin duda uno de los dones más señalados é indispensables de los que son llamados á regir los pueblos, á gobernar los hombres: y cabalmente este inestimable don distinguió siempre al virtuoso Cappelari: y así como supo rodearse de los hombres más eminentes de su época, como el célebre filólogo Angel Mai, el gran poligloto Mezofanti, el sabio publicista Lambruschini, así también confió su amistad á nuestro compatriota el sabio Wiseman.

Entonces fué cuando, aprovechándose de la influencia que tenía con Gregorio XVI, concibió el gran proyecto de restaurar la gerarquía católica en Inglaterra. ¡Pensamiento gigante, señores, atendidos los fastos históricos del pueblo británico!

Si hubiésemos de detenernos en investigar las razones que movían al Dr. Wiseman para conseguir esta medida de tanto efecto, veríamos todo su celo é interés por ver enaltecido el Catolicismo y borrada hasta la última huella de la doctrina luterana, importada al antiguo pueblo de la fé y de la religión por las bastardas pasiones de Cromwel y de Enrique VIII.

Duplicando el número de dignatarios del clero católico de Inglaterra, quiso el Papa Gregorio XVI que

el mismo Sr. Wiseman se pusiese al frente del gran colegio de Santa María de Oscott, como así lo verificó. ¿Y cuál creéis fuera el principal trabajo que tantas y tan grandes vigiliass le había costado? ¡Ah! que los grandes talentos cuando son movidos por la antorcha de la fé, miran las cosas por un prisma muy superior y colocan á grande altura todos sus planes, todos sus proyectos!

Su obra era colosal. En medio de una época de indiferentismo religioso y de un pueblo anti-romano, quiere reaparezca el grande culto de la Iglesia romana frente al frío, árido y seco rito de la Iglesia anglicana: quiere mover el espíritu tibio de tantos disidentes dispuestos á reanudar las relaciones religiosas que siempre habían ligado la patria de San Ricardo y San Patricio con el centro del Cristianismo, con el Jefe de la Iglesia, con el Vicario de Cristo; y quiere, en fin, dar vida á los que, separados de la cabeza, como el sarmiento de la vid, se tronchan y se dividen y se subdividen como rama seca del frondoso árbol de la Cruz.

En efecto, señores, este primer paso de su ardiente celo produjo muchas conversiones en Inglaterra, como la del Dr. Newman, é infinidad de ministros protestantes que se sometieron á la Iglesia católica, fundamento sólido de la vida social y conservadora única del dogma y de la moral cristiana.

El Dr. Manning, aquel célebre ministro anglicano (hoy digno sucesor de nuestro grande Wiseman) fué convencido de que la Iglesia romana es la única que á través de los horribles huracanes de la impiedad y en medio de los oleajes de la herejía, ha sabido conservar intacto el sagrado depósito de la fé, arrojando toda clase de peligros y sufriendo hasta la persecucion y el martirio. ¡Oh inefable providencia de Dios! Su accion divina se deja ver en todos tiempos, y sus sagradas promesas se han visto siempre cumplidas!

El abundoso fruto con que diariamente coronaba el Sr. Wiseman sus tareas apostólicas, es una incontrastable prueba de haber sido destinado por Dios como un nuevo apóstol en Inglaterra. ¿Cómo se explica la conversion de doctores tan sábios como el reverendo Manning?

¡Ah señores! Esta grande adquisicion seria bastante para enaltecer á Wiseman y tenerlo por una de las primeras lumbreras del Catolicismo. Manning, miembro del colegio de Meston, misionero y grande orador, escritor erudito y elegante, gozaba de la más alta reputacion entre los anglicanos y puseistas: habia sido elevado á una de las más altas gerarquías de la Iglesia protestante del Estado; y á impulsos de la divina gracia, llegó un día en que, postrado á los piés del nuevo apóstol Wiseman, recibió de sus propias manos hasta las sagradas órdenes del sacerdocio católico: y desde entonces todo entero se entregó á las tareas apostólicas que le inspirara el gran prelado, el virtuoso Wiseman, sacrificando su alta posicion, las pingües rentas del episcopado anglicano, el asiento en la Cámara de los Pares, y lo que es más, señores, sus afecciones de amistad, de parentesco y las relaciones sociales y literarias que le ligaran por tantos años.

Esta evolucion del espíritu religioso tan frecuente de la disidencia al Catolicismo, y tan rara del Catolicismo á la disidencia, es un hecho constante en prueba de la verdad del dogma y de la autoridad de la Iglesia. Es el principio de unidad que atrae como el iman los metales; es la ley inmutable de la gravedad, á cuyo centro marchan toda idea cristiana, todo instinto religioso.

El cardenal Wiseman, apreciando con su talento previsor las reconocidas dotes del Dr. Manning, hizo no solo fuese nombrado primera dignidad del cabildo de Westminster, sino tambien tuviera á su cargo los Servitas de San Carlos Borromeo en Santa María de los Angeles di Baysewater, presagiando el día en que su confidente é íntimo amigo habia de sucederle en el apostolado, que venia ejerciendo bajo aquel lema de toda su vida: *Omnia pro Christo*.

¡Ah! si pudiésemos contar detalladamente las muchas conversiones públicas y secretas que hizo Wiseman, veríamos milagrosas comprobaciones de su espíritu y de su mision divina; pero era preciso pasara tambien por las pruebas reservadas á las almas grandes, y entonces fué cuando la envidia de hombres mezquinos, que no podian sufrir la altura de su crédito y su bien adquirida reputacion, apelaron á la diatriba, al sarcasmo y á la calumnia, queriendo mancillar al hombre puro, que en todos los círculos de la sociedad merecia los dictados de un *gentleman*, de un buen pastor, de un sábio. Así es que la envidia y la calumnia, esos venenosos dardos que en todos tiempos se han esgrimido contra los hombres de gran valor en la ciencia y en la virtud, acrisolaron su mérito y realizaron la preciosa máxima de San Cipriano en su *Tratado de la Envidia*: «El tormento y la afliccion son el triste fruto del calumniador y del envidioso, mientras que la tranquilidad y la serenidad del ánimo coronan siempre al virtuoso y al sábio.»

En efecto, señores, nuestro venerable Wiseman, superior á todos los rumores que hicieron correr en la corte de Londres sobre el mal efecto de su influencia en el régio alcázar y en la alta Cámara, jamás se turbó su espíritu; antes bien con frente serena se presentaba en todas partes, llegando á merecer de todos (desde la reina Victoria hasta el último súbdito inglés) el homenaje público de respeto y veneracion debidos al talento, que en todas partes se abre paso; á la virtud, que siempre avasalla los corazones. ¡Ojalá pudiéramos consignar aquí los nombres de tantos anglicanos, y puseistas, y luteranos, y otros muchos sectarios, que movidos por la ardiente caridad del Sr. Wiseman, abjuraron sus errores y se sometieron á la unidad católica, llegando algunos hasta recibir de sus manos la Eucaristía sagrada en fé del dogma de la presencia real de Jesucristo.

No contento el nuevo apóstol de la Gran Bretaña con la preponderancia que iba adquiriendo el Catolicismo á impulso de su penoso trabajo, quiso completar la restauracion de la gerarquía eclesiástica.

Era el año de 1846: el gran Pio IX habia sucedido en la cátedra de San Pedro, y bien pronto trasladándose el Sr. Wiseman á Roma, se captó la benevolencia del Santo Padre, y le mereció las más señaladas distinciones de amistad y confianza, no ménos que las obtenidas de su ilustre antecesor.

Entonces fué cuando Pio IX, ese nuevo Aaron del mundo cristiano, ese verdadero padre de los creyentes, cuya magnanimidad es hoy proverbial en todos los ángulos de la tierra, no solo accedió á las instancias del Dr. Wiseman, sino que en 1848 le nombró pro-vicario apostólico en Londres, y despues, en 1849, vicario apostólico en reemplazo del Sr. Walsch.

Solo la gran reputacion del Dr. Wiseman y el respeto y admiracion que causaba su nombre en toda Inglaterra, pudo contener la extremada irritacion que produjo en la Iglesia anglicana las medidas que adoptó estableciendo el orden gerárquico, y ponién-

dose como de frente á la religion dominante, queriendo recordar los buenos tiempos de la renombrada *Isla de los Santos*, cuyos reyes y pueblos eran conocidos por defensores de la fé y de la Iglesia.

A pocas varas, señores, que los hijos de la soberbia Albion cavasen los sepulcros de sus padres, encontrarían los inmortales restos de aquellos sus ascendientes, verdaderos católicos, que desde el apóstol San Pablo venian unidos é identificados con la fé de Jesucristo, con la autoridad pontificia: y renegar tan sagrados objetos, es renegar su historia y apostatar de la fé de sus progenitores.

Las causas de haberse interrumpido la sucesion de más de quince siglos, que los ligara con sagrados vínculos á la unidad católica, os son bien conocidas por la historia; y los más instruidos protestantes reconocen que solo el terror y la sangre y otras malas pasiones pudieron cimentar y sostener el cisma y la herejía: así es como vemos acogerse muchos de ellos á nuestro compatriota Wiseman como á una fuerte columna de la Iglesia, dispuesta providencialmente para sostener con firmeza la fé, que por más de mil quinientos años nos tuvo unidos á la nacion inglesa como á nuestra hermana en Jesucristo.

Pues bien: reanudar estos sagrados vínculos debiera ser el pensamiento del Sr. Wiseman, de acuerdo en todo con el Sumo Pontífice Pio IX.

Los hombres providenciales, que de vez en cuando descuellan en el mundo para realizar el pensamiento de Dios, que es la Iglesia (segun Bossuet), tienen un mismo sello, y unísonos como los acordes de la armonía, los liga siempre un mismo deseo, una sola voluntad.

Así es que el gran Pio IX y el sábio Wiseman se hallaban íntimamente unidos en espíritu. El Papa, en medio del ostracismo en Gaeta, y á pesar de los horribles acontecimientos por que pasara (1848) á impulsos de la más negra ingratitud, siempre tuvo presente á Wiseman, reservándole *in petto* el capelo cardenalicio; y Wiseman siempre tuvo tambien sus brazos levantados orando por el Padre comun de los fieles, y su alma unida constantemente á su sagrada persona.

Estas dos grandes figuras han conseguido en nuestro siglo fijar la atencion del mundo católico.

¡Aquella azarosa época pasó, como sabeis, porque la nave de la Iglesia, aunque flotando entre furiosas olas, tiene siempre un seguro puerto donde se salva y sale incólume por la mano de Dios!

Llegó el 30 de Setiembre de 1850, día en que el Soberano Pontífice, en pleno consistorio, nombró al Dr. D. Nicolás Wiseman arzobispo de Westminster, elevándolo al mismo tiempo á la altísima gerarquía de cardenal de la santa Iglesia romana y primado de Inglaterra.

Este suceso, de grandes proporciones para la Iglesia católica, no lo era ménos para la nacion inglesa, que veia revestido por primera vez (despues de más de trescientos años) de la púrpura cardenalicia á un prelado católico de Londres, á un arzobispo de Westminster, que estableciendo el orden gerárquico de la Iglesia romana, aparecia como un restaurador del principio cristiano, reanudando aquella *supremacia y gerarquía eclesiástica* que habian sostenido hasta en el cadalso los cardenales Varhan, Fischer y el gran canceller Tomás Moro.

Bien pronto, señores, porque los siglos en la vida de las naciones son ménos que los años en la vida de los individuos, bien pronto la nacion inglesa parecia aceptar este primer paso contra el célebre artículo de la supremacia é intolerancia de los Enri-

ques, Eduardo é Isabeles, quienes apoyados por hombres tan ambiciosos como Wolseo, Somerset, Granmer y otros, suscribieron el llamado Sínodo de Londres de 1562.

En efecto, señores, un cardenal de Londres y primado y arzobispo de Westminster era una protesta viva de aquella horrenda revolucion en la que tantos miles de víctimas se sacrificaron ante la intolerancia de la *supremacia*, que con el poder del Parlamento trastornaron el dogma católico y el orden gerárquico de la Iglesia, sin imponerles la firmeza de convicciones, por la que preferían los fieles rodaran sus cabezas en el patíbulo antes que reconocer la degradante *supremacia* ó potestad suprema espiritual en el jefe del Estado.

El nuevo cardenal, apareciendo con la sagrada púrpura en medio de una corte y de un pueblo que por espacio de tantos años conservaba su odio y antipatía al cuerpo cardenalicio y á la autoridad de la Santa Sede, fué ocasion de renovar otra vez los ministros anglicanos la persecucion, ora calumniándole, ora azuzando las iras populares y excitando al poder supremo hasta conseguir en los meetings y en las cámaras se hiciesen manifestaciones contra el Papa y el cardenal, suponiéndolos *invasores de los derechos y prerogativas de la reina de Inglaterra*, llegando á calificar su obra de *usurpacion de la supremacia, que reside (según ellos) en el monarca*, y consiguiendo se pusieran en juego todos los medios para intimidarle, como fueron amenazar su seguridad personal y arrastrar y ahorcar públicamente las imágenes de Pio IX y de Wiseman.

Empero hombres del temple del alma del cardenal

Wiseman jamás se turban ni acobardan. El valor religioso está muy por cima del valor cívico y del valor militar, porque su objeto y la fé que lo alienta conducen el espíritu al último grado del heroísmo.

Todavía resuena en el templo de Westminster su autorizada voz en aquellos momentos de agitacion. Allí desplegó su ciencia y su fervor en los magníficos discursos que dirigía á una inmensa multitud, no solo de católicos, sino de protestantes y diversos sectarios, personas de categoría social y de letras, llevando á todos las más profundas convicciones del derecho y autoridad del Pontífice en el señalamiento de obispos y prelados para el ejercicio del poder espiritual de la Iglesia católica.

Con sus elocuentes razonamientos pulverizó toda la argumentacion de que se valian sus enemigos para concitar los ánimos en su contra; mas no contentándose el cardenal con la fuerza de su elocuencia en el púlpito, en la cátedra y en todas partes, escribió y publicó en veinticuatro horas su magnífico opúsculo que tituló: *Apelacion al pueblo inglés*, tan

sábiamente redactado y con tan fuerte lógica, que no solo destruyó el mal efecto de algunos artículos del *Times* y otros periódicos en favor de la supuesta *usurpacion*, sino que desvirtuó la ley de títulos eclesiásticos presentada por John Russell y sancionada en Agosto de 1851.

¡Ah! señores; en aquellos dias de exaltacion y de frenesí, y en medio de la agitacion popular, excitada por los ministros protestantes, hubo ocasion para conocer la grandeza de alma y serenidad de espíritu del cardenal.—(Se continuará.)



EL CARDENAL WISEMAN.

SECCION MONUMENTAL.

BASÍLICA DE SAN PEDRO, EN ROMA.

Al pié del monte de los Oráculos ó Vaticano hubo, en tiempos remotos, anchas praderas y campos cultivados que se extendían hasta las orillas del Tíber; humildes chozas veíanse diseminadas sobre el suelo en que hoy se apiñan tantos y tan pomposos monumentos. Allí empuñaba la esteva Cincinato cuando sus compatriotas, seguros de su talento y su virtud, fueron á ofrecerle el título de dictador: allí tambien se alzaban arrogantes los templos de Apolo, de Marte y de Cibeles entre mil fastuosas tumbas. Bajo el imperio trocáronse aquellos campos en parques y jardines de placer, en que los señores del mundo gozaban las dulzuras de la sole-

dad ó daban bulliciosas fiestas. La via Vaticana, antes de cruzar el rio sobre un puente destruido á la invasion de los bárbaros, pasaba por la falda del montecillo y en las inmediaciones de la actual basílica de San Pedro tomaba el nombre de via Triunfal, conservándole hasta dominar la cima de la colina del Capitolio. Sobre el emplazamiento de la Iglesia, siguiendo la longitud de la nave, alzabase el famoso Circo de Neron, en donde aquel emperador cruel y perverso complacíase en guiar por sí mismo un carro para mostrar su destreza, rodeando la vasta arena numerosas graderías; en el centro descollaba el obelisco, inmensa mole de granito rosa que Calígula mandó llevar de Egipto, con dispendio oneroso, y fué trasportado en 1586 á la plaza de San Pedro por la voluntad de Sixto V. Miles de cristianos vertieron allí su sangre por la fé ó perecieron en los jardines de Neron, víctimas de suplicios tremendos, referidos por Tácito.

Poco despues de estas escenas de persecucion, San Pedro y San Pablo fueron ahorrados en la cárcel Mamertina, cuya antigüedad se remonta á los tiempos primitivos de Roma, puesto que fué construida por Anco Marcio y Tulio Hostilio sobre el foro y al pié del Capitolio. Había en ella calabozos y subterráneos que todavía subsisten; en un precipicio abierto en el centro de aquellas sombrías cavernas solian arrojar á los criminales; otras veces los ahorcaban ó les hendían la cabeza, y sus cadáveres eran abandonados en la escalera de las gemonías. Los reyes cautivos, despues de haber honrado el triunfo del vencedor, sirviéndole de adorno su presencia, mirábanse allí confundidos con los ladrones, con los asesinos y otros criminales de baja estofa, expiando en horrible angustia el enorme delito de haber defendido valerosamente su independencia.

En aquella impura y negra mansion hizo brillar San Pedro la luz del Evangelio; allí convirtió al Cristianismo y bautizó á los carceleros Proceso y Martiniano, juntamente con otros cuarenta y siete presos, compañeros suyos de in-

fortunio. En un lóbrego rincón de aquel ántro oscuro corre aun silenciosa la fuente límpida que brotó á su voz, segun nos cuenta una tradicion piadosa. Desde allí San Pablo, cargado de cadenas por Jesucristo, escribió á Timoteo: «He sostenido un rudo combate y terminado mi carrera.»

El 29 de Junio del año 66 ó 67 (segun quieren algunos autores), los dos apóstoles fueron sacados de aquella triste guarida y conducidos al suplicio. San Pedro, subido en la cúspide del monte Janículo, donde estaba el barrio de los judíos, demandó como gracia ser atado á la cruz cabeza abajo, por respeto al Mártir sublime que santificó tal instrumento de suplicio y redimió al mundo con su sangre.

Gran número de fieles, diseminados entre la multitud, fueron testigos de la muerte gloriosa que tuvo el príncipe de los apóstoles. Dos santas mujeres, Basilisa y Anastasia, desafiando el peligro y las amenazas de los verdugos, viéronse sorprendidas en el momento en que recogían la sangre del mártir, por cuya accion piadosa fueron degolladas inmediatamente. El cuerpo de San Pedro fué depositado en las grutas del Vaticano, no lejos de la via Triunfal. Roma entonces no se conmovia gran cosa por el suplicio de un desconocido; aquel, sin embargo, era para la Ciudad Eterna el principio de nuevos destinos, más brillantes aun que cuantos debía á la fuerza de sus armas y á la habilidad de su política. El camino de la tumba de San Pedro debía llegar á ser muy pronto una via de triunfo en que se apiñasen presurosas las diferentes poblaciones de todas las comarcas del universo, empujándose y sucediéndose unas á otras, como el impetuoso oleaje de un mar embravecido.

San Pablo fué llevado hasta las Aguas Salvienas, á tres millas de Roma, atado á una columna de mármol y decapitado. Cuéntase que su cabeza al caer chocó tres veces con el suelo é instantáneamente brotaron tres fuentes en aquellos sitios. Su cuerpo fué sepultado por una santa mujer llamada Lucina en unos terrenos de su propiedad; encima de su sepulcro se eleva hoy la soberbia basílica de San Pablo, extramuros.

En honor de tan grandes apóstoles y en tes-

timonio de su estancia en Roma, se han edificado templos magníficos en todos los parajes consagrados por su presencia; la cárcel Mamertina ha sido trasformada en oratorio; la preciosa iglesia de San Pedro *in Montorio* corona las alturas del Janículo, y un precioso edificio de mármol, obra de Bramante, cubre el lugar en que se cree fué plantada la cruz. Detrás de las Termas de Tito hizo edificar la emperatriz Eudoxia la suntuosa basílica de San Pedro de

do de toda la fastuosa pompa de la majestad imperial. Apenas llegó al paraje regado con la sangre de tantos mártires, Constantino se prosternó juntando el rostro con el suelo, alzóse despues con los ojos bañados en lágrimas, y desnudándose de su manto de púrpura, su diadema y demás atributos imperiales, tomó una piocha, cavó la tierra y condujo sobre sus hombros doce espuelas de arena en honor de los doce apóstoles. En esto siguió el ejemplo de

Vespasiano: cuando este príncipe hizo reedificar el Capitolio, destruido por un incendio, quiso trabajar con sus propias manos en obra tan notable y trasportó á cuestas los primeros productos de escavacion para los cimientos.

Las obras de la nueva basílica fueron emprendidas con sumo vigor. El emperador en persona vigilaba sus progresos animando á los operarios; para apresurar la conclusion mandó emplear en ella las columnas de mármol



BASÍLICA DE SAN PEDRO, EN ROMA.

las Ligaduras, donde se conservan las cadenas que el apóstol llevó en Jerusalem y en Roma; en las Aguas Salvienas se alza la gallarda iglesia de San Pablo de las tres Fuentes, no lejos del antiguo monasterio de San Anastasio. Desde el primer siglo San Anacleto, tercer Papa, estableció un modesto oratorio en las catacumbas del Vaticano; allí descuella hoy la ilustre basílica de San Pedro y se halla la silla apostólica.

Cuando Constantino, con la proteccion divina, consiguió la victoria contra Magencio, su competidor al imperio, fué el primero de los triunfadores romanos que no subió al Capitolio para dar gracias á los dioses. Hacia el año 324 colocó los cimientos de la basílica de San Pedro, en el Vaticano. Tuvo la ceremonia un carácter imponente y notáronse en ella muchas circunstancias dignas de ser referidas. El dia marcado, dicen los historiadores, vióse llegar procesionalmente al paraje elegido al Papa Silvestre, acompañado de un clero numeroso y de una multitud inmensa de fieles. Los cristianos empezaban al fin á respirar, siendo un espectáculo bien extraordinario para el pueblo romano ver pasar á todos aquellos humildes pastores, ayer tan menospreciados, hoy tan satisfechos, entonando sus cánticos religiosos, y siguiendo el piadoso cortejo el emperador, rodea-

y otros materiales labrados que hubiese en los monumentos antiguos abandonados ó demolidos; así es que el mausoleo de Adriano perdió entonces sus adornos más bellos. Nada es tan comun en Roma como ver en las iglesias actuales columnas preciosas arrancadas de los edificios antiguos. El extraño método con que están colocadas indica harto claramente la precipitacion ó la impericia con que los arquitectos procedieron algunas veces. La basílica de San Pedro fué terminada en el trascurso de un año, y el Papa San Silvestre consagró su dedicacion el 18 de Noviembre de 324, verificándose la ceremonia con solemnidad imponente. El templo resplandecía de oro, plata, bronce, mármoles, mosaicos, pintura y pedrería; nunca se habian visto juntas en un lugar tantas riquezas; brillaban allí, con profusion portentosa, los vasos sagrados, lámparas, candelabros y mil otros ornamentos que minuciosamente enumera Anastasio el Bibliotecario. El cuerpo de San Pedro fué depositado con sumo respeto en una urna de plata, encerrándose ésta en otra de bronce dorado, sobre la cual brillaba una cruz de oro fino del peso de ciento cincuenta libras. La Confesion, cubierta de planchas de metales preciosos, reemplazó bajo el altar al oratorio de San Anacleto. No contento aun con tan espléndidos do-

nativos, el emperador asignó á la basilica rentas considerables sobre bienes raíces situados en Italia, en Africa, en Asia, principalmente en Tiro, en Alejandria, en Antioquia y hasta en las riberas del Eufrates. Al decir de los historiadores eclesiásticos más antiguos, la mayor parte de estas propiedades procedían de confiscaciones hechas á los mártires cuyos herederos no aparecían.

Contaba la basilica de San Pedro cinco naves, separadas por noventa y seis columnas, sin incluir las que servían exclusivamente al decorado del templo, todas ellas de mármoles escogidos y de rara belleza. El edificio medía ciento diez metros, casi, de largo, por setenta y cinco de latitud. El *transsept*, con sus brazos prolongados, daba al conjunto la figura de una cruz. Setenta y cuatro ventanas prestaban al interior luz clarísima. San Gregorio de Tours, á quien maravilló tanta magnificencia, habla de este templo con la mayor admiración.

Una multitud de peregrinos, cada vez más creciente, acudía presurosa á visitar las tumbas de los apóstoles desde todos los países de la cristiandad, sin que resfriasen nunca su devoción las dificultades ni los peligros de un largo viaje. Eran tan numerosos los extranjeros que recorrían las calles de la ciudad, que los escritores solían compararles con enjambres de abejas ó de hormigas. Emperadores, reyes, príncipes, todas las clases sociales, cediendo al universal impulso, iban con fervorosa piedad á prosternarse á los pies del peseador de Galilea, humillando el orgulloso brillo de sus diademas ante la santa pobreza del primer Vicario de Jesucristo. Carlo-Magno subió las gradas del santuario besándolas una tras otra. Fulrado, abad de San Dionisio, depositó sobre el sepulcro de San Pedro el acta de donación de las villas y lugares que el rey Pepino cedía en homenaje al sucesor del príncipe de los apóstoles. Gran número de santos recibieron allí los honores de la canonización, y muchos emperadores fueron aclamados y coronados en aquel recinto venerable.

Roma, pagana, había visto en los pasados tiempos á los extranjeros vencidos llegar arrastrados hasta el Capitolio, uncidos al carro de los conquistadores, y venderlos después como vil rebaño de esclavos, menospreciándoles cual si fueran gentes innobles y bárbaras; Roma, cristiana, vió después, y ve todavía, á las eminencias del siglo, los sabios, los artistas, los escritores, los grandes y los pequeños, llegar y arrodillarse ante los trofeos de los mártires (1).

La basilica, construida por Constantino, sostenida y restaurada cuidadosamente durante la Edad media, desapareció para hacer lugar al monumento actual. No haremos de él una descrip-

ción minuciosa, por grande atractivo que ofrezca el asunto al anticuario cristiano. Los historiadores romanos consagraron á este santo edificio páginas llenas de interés vivísimo, en que la ciencia y la piedad pueden hallar satisfacción bastante; únicamente daremos algunos detalles acerca de la Confesión de San Pedro.

Este monumento, que había sustituido al modesto oratorio consagrado por San Anacleto, era una especie de cripta ó santuario subterráneo, abierto á modo de catacumba bajo el altar mayor: bajábase á él por una escalera de mármol y cerraba su ingreso una sólida verja. Sobre el paraje en que descansaba la urna habíase erigido un segundo altar, y adornaba el fondo de la celda un cuadro en mosaico, hecho por orden de Leon III, que representaba á Nuestro Señor bendiciendo con la mano derecha y sustentando en la izquierda un libro abierto, en cuyas hojas leíanse estas palabras: EGO SUM VIA, VERITAS ET VITA; QUI CREDIT IN ME VIVET, esto es: Yo soy el camino, la verdad y la vida; el que en mí cree vivirá. Acompañaban al Salvador San Pedro y San Pablo. Una abertura cuadrada practicada en el piso del santuario y provista de una puerta de bronce daba sobre la urna.

Los soberanos Pontífices, con loable emulación, habían decorado aquel santuario augusto: Leon III hizo revestir el pavimento con planchas de oro, rodearle con verjas de plata y colocar en sus ángulos cuatro ángeles del mismo metal; y aunque estas riquezas fueron robadas por los sarracenos que saquearon la campiña romana en tiempo de Sergio II, Leon IV las restableció en gran parte. Adriano I, desplegando un lujo inaudito, hizo poner delante de la Confesión una balastrada de oro con peso de cincuenta libras.

El altar mayor era cuadrado, construido de mármoles rarísimos, chispeante de oro, plata y pedrería, y coronado de un pabellón ó dosel de plata sobredorada que sostenían cuatro columnas de pórfido; delante había doce columnas estriadas de mármol blanco, procedentes del templo de Salomón (1), ofreciendo tan maravilloso conjunto que, según la expresión de San Paulino de Nole, quedaban deslumbrados los ojos de los espectadores. Aquel espléndido altar llegó á ser aun más rico: los Papas y los príncipes, á porfía, añadíanle sin cesar nuevos adornos, procurando aumentar su brillo y majestad por todos los medios imaginables: Valentino III hizo colocar en él una casita de oro con doce puertas, cubierta de piedras preciosas y realzada con bajo-relieves é imágenes, entre las cuales se destacaban las del Salvador y los doce apóstoles; San Zacarías ofreció una alfombra de brocado de oro bordada de perlas y pedrería, representando la Natividad de Nuestro Señor, y al decir de Anastasio el Bibliotecario, de Bonami y de Seve-

rano, los ornamentos de oro de la Confesión y del altar en tiempo de Adriano I pesaban seiscientos sesenta y cuatro kilogramos (1).

Antes de pasar á la historia de la iglesia moderna de San Pedro, debemos añadir que la Confesión primitiva no ha sufrido cambio alguno en la época de la reconstrucción de la basilica vaticana; Pablo V se limitó á restaurarla exteriormente. Hacia fines del siglo XVI, reedificando el pavimento, se descubrió la oscura catacumba donde reposa el cuerpo del apóstol. Clemente VIII, en unión de Bellarmino y de otros dos cardenales, bajó á la sagrada gruta y, á la luz de una antorcha, contempló la cruz de oro depositada sobre la urna por Constantino; á su vista experimentaron el Pontífice y los asistentes una emoción profunda: el Papa mandó en seguida cerrar aquella abertura en su presencia.

(Se continuará.)

CONTESTACION

dada por SU SANTIDAD PIO IX al mensaje del Episcopado reunido en Roma.

Venerables hermanos: De grande alegría, aunque bien podía esperarse de vuestra fé y adhesión, nos ha servido en todo tiempo la noble concordia con que habeis protestado siempre, á pesar de hallaros separados y distantes los unos de los otros, de profesar y defender lo que Nos enseñamos como verdad, y de condenar lo que Nos condenamos como error esparcido para ruina de la sociedad religiosa y civil. Mas ahora que os halláis reunidos, nuestra alegría es mucho mayor al escuchar de vuestros labios las mismas manifestaciones, y al recibir las mismas protestas de un modo más amplio y solemne; porque estas vuestras múltiples demostraciones de amor y de homenaje, demuestran mucho mejor que las palabras cuáles son vuestras disposiciones y cuál vuestro afecto hacia Nos.

¿Por qué causa, si no, habeis secundado con tan buen ánimo nuestro deseo, y despreciando toda clase de incomodidades, os habeis apresurado á venir junto á Nos de todas las partes del mundo? Harto notoria os era, en efecto, la solidez de aquella Piedra sobre que fué edificada la Iglesia, y harto clara su virtud vivifica, ni tampoco ignorábais cuán esclarecidos testimonios son de ambas cosas la canonización de los héroes cristianos.

Dos motivos, pues, os han traído á celebrar esta fiesta: el de dar mayor brillo á la sagrada ceremonia, y el de atestiguar en nombre de todos los fieles, no solo con vuestra presencia, sino también con vuestras terminantes protestas, que existe aun la misma fé que hace diez y ocho siglos; que los mismos vínculos nos unen, que la misma virtud brilla en la Cátedra de la verdad. Habeis tenido á bien encomiar nuestra pastoral solicitud y nuestros esfuerzos por difundir la luz de la verdad, por disipar las tinieblas del error, por librar de la perdición á las almas redimidas con la sangre de Cristo, y así lo habeis hecho, para que, con las palabras y declaraciones conformes de los propios maestros, el pueblo cristiano se confirme cada vez más en el obsequio y amor hacia esta Santa Sede, y á ella también dirija más fijamente sus miradas.

(1) Los autores eclesiásticos de los primeros siglos suelen designar las tumbas de los santos apóstoles Pedro y Pablo con los nombres de *Martyrium*, *Trophæa Martyrum*, y *Limina apostolorum*.

(1) Ocho de estas columnas se ven ahora en los balcones construidos sobre los pilares de la cúpula en el lado de la Confesión.

(1) Equivalentes á 1.456 libras. Bonami, *Numismata*, p. 144 et seq.—Severano, *Memor. Sacra*, tom. I, p. 411 et suiv.

Después de coleccionar limosnas en todas partes, habéis venido á sostener nuestro principado, con tanta perfidia combatido, para demostrar con este clarísimo hecho, y con las ofrendas recogidas en todo el orbe católico, la necesidad del poder temporal para el libre gobierno de la Iglesia. También habéis tributado merecida alabanza á mi querido pueblo romano y á las pruebas inequívocas y preclaras de su respeto y amor á Nos, con el objeto de animarlo, de vindicarlo de las calumnias que se le han levantado, y lavarlo de aquella torpe nota de sacrilega traición que pretenden echar sobre él cuantos, bajo el pretexto de conseguir la felicidad del pueblo, se esfuerzan en arrojar de su trono al romano Pontífice. Y mientras que procurais acrecentar la union entre las Iglesias con más estrechos vínculos de reciproca caridad por medio de este lazo, conseguís también henchiros de más abundante espíritu evangélico junto á las cenizas de los beatísimos Pedro, príncipe de los apóstoles, y Pablo, doctor de las gentes, y volver con más bríos para romper las falanjes enemigas, para defender los derechos de la religion, para aumentar el espíritu de caridad en los pueblos que os están confiados.

Manifiéstase este voto más claramente en el comun deseo del Concilio ecuménico, que todos habéis considerado, no solo utilísimo, sino hasta necesario. En efecto; desenterrando la humana soberbia antiguas audacias, esfuerzase, bajo pretexto de un vano progreso, en construir la ciudad y la torre cuya cúspide llegue al cielo, para poder echar abajo al mismo Dios; pero el Señor al cabo parece decidido á impedir esta obra, y á confundir de tal suerte las lenguas de los constructores, que el vecino no pueda entenderse con su vecino. Tal es, en efecto, el espectáculo que presentan las vejaciones de la Iglesia, la condicion lastimosa de la sociedad civil y la perturbacion completa en que vivimos. A tan gravísimas calamidades solo puede oponerse la divina virtud de la Iglesia, que nunca mejor se manifiesta que al reunirse los obispos, convocados por el Sumo Pontífice, para tratar bajo su presidencia de las cosas eclesiásticas en nombre del Señor. Grandemente nos hemos alegrado de que, previniendo nuestros deseos, hayais recomendado esta sagrada reunion al patrocinio de Aquella bajo cuyo pié fué puesta desde el principio de las cosas la cabeza de la serpiente, y que destruye sola toda clase de herejías.

En satisfaccion del comun deseo, desde ahora anunciamos que el Concilio que está para abrirse se constituirá bajo los auspicios de la Virgen Madre de Dios, limpia de todo pecado, y que será abierto el día en que se conmemora este privilegio á Ella concedido. ¡Quiera Dios y quiera la Virgen Inmaculada que podamos sacar de tan saludable proyecto copiosísimos frutos! Y entre tanto interponga María su poderoso valimiento, á fin de alcanzar para Nos en las presentes circunstancias los auxilios necesarios, y movido Dios por sus plegarias, derrame sobre Nos y sobre toda su Iglesia los tesoros de su misericordia.

En cuanto á Nos, con profundo sentimiento de gratitud y amor, con todo corazón pedimos á Dios cuanto pueda contribuir á vuestro bien espiritual, al adelantamiento de los pueblos que os están confiados, á la defensa de la religion y de la justicia, y á la tranquilidad de la sociedad civil. Y sabiendo Nos que algunos de vosotros, estrechados por las especiales necesidades de los pueblos respectivos, están para separarse pronto de Nos, si por la angustia del tiempo no nos es posible abrazarlos singular-

mente, desde ahora mismo les deseamos de todo corazón entera felicidad. A todos también, como auspicio de todas las gracias y de copioso auxilio divino, y al mismo tiempo en testimonio especial de nuestra gratitud y benevolencia, les damos de lo íntimo de nuestro corazón, y con verdadero afecto, la santa apostólica bendición.

EL PADRE ISLA, RETRATADO POR SÍ MISMO.

(Continuacion)

II.

Llegamos ya á la parte más interesante, es decir, á la época más desgraciada de la existencia del padre Isla. Expulsado de España, como todos los demás jesuitas sus hermanos, no sin que el disgusto le produjese una grave enfermedad que le tuvo á las puertas de la muerte, hallámosle á 17 de Diciembre de 1768 en Crespelano (tres leguas de Bolonia) alojado en casa del senador Grassi.

El mismo nos describirá su trabajoso viaje al referirlo á su cuñado. «Desde España á Civita Vecchia; desde Civita Vecchia (puerto pontificio), con solo un día de detencion, á la rada de Orbitelo, que pertenece al rey de Nápoles; desde Orbitelo (con el descanso de dos días) al puerto de San Fiorenzo, donde nos mantuvimos á bordo tres semanas, al puerto y presidio de Calvi, en la misma isla; desde Calvi (después de 15 meses de mansion), de repente al puerto de Génova; desde el puerto de Génova (anclados en él por espacio de nueve días) al lazareto de la misma ciudad, donde nos alojamos al pié de mil trescientos hombres; desde el lazareto (donde estuvimos encerrados dos semanas) á Sestri, de Levante (con el descanso de nueve días), unos por tierra y otros por mar, al Boloñés. Yo escogí, entre otros muchos, este segundo partido, que nos salió el ménos penoso y costoso; y desde Sestri pasé embarcado á Liorna, donde descansé tres días, y tomando la ruta con el destacamento que mandaba por Pisa y por Florencia, llegamos á Bolonia... En todos estos giros y regiros se han padecido los trabajos que se dejan considerar; pero, gracias al Señor, he tenido salud, he tenido fuerzas, he tenido constancia, y aun he tenido singularísimo consuelo. Solo me ha faltado el dinero, porque el poco que me dieron de limosna al salir de España, se acabó con los indispensables y extraordinarios gastos... En esta necesidad, que la falta poco para extrema, no tengo á quién volver los ojos, después de Dios, sino á tu piedad, á tu cristiana caridad y á la nobleza de tu corazón, tantas veces experimentada.»

A pesar de tantos sufrimientos, no se abatía su ánimo cristiano. «Nunca más pobre y nunca más contento, exclama; nunca más falto de todo y nunca ménos necesitado, porque nada me hace

falta. Experimento, palpo, toco con las manos que Dios da la lana con el frío, que aumenta las fuerzas cuando añade el peso, y que es fidelísimo en sus pruebas: á ninguno carga más de lo que puede sufrir. Mi salud se conserva sana; mis fuerzas, casi ya septuagenarias, vigorosas; mi color cual nunca le he tenido; solamente las piernas dicen alguna vez que ya se cansan de andar, y las pobres tienen sobrada razón. Sesenta y nueve años de movimiento continuo son capaces de fatigar á un par de piernas de bronce...» «Las berzas de Bolonia (que es el plato principal de nuestra comida) me saben mejor que los capones de Pontevedra. Las camisas de cáñamo, sábanas de lo mismo, bragas-celosías, zapatos, la mitad sandalias y la otra mitad chinelas, vestido lampiño y sin pelo de barba; con todo este equipaje me burlo de los terribles fríos de Lombardía y de las copiosas nieves del Apennino... ¿Pues de qué me puedo quejar sino de haber tardado casi setenta años en aprender lo poco que necesita el hombre para vivir? San Ignacio nos manda á todos sus hijos «que amemos la pobreza como madre.» Ella nos cria á todos buenos, gordos y rollizos. Que sea con *broa*, que sea con *pan trigo*, ¿qué importará para el caso?»

En tan pobre situacion sorprendiéronle los síntomas precursores, ordinarios para él, de los accidentes apopléticos, que le ponían á las puertas de la muerte. Doce onzas ménos de sangre y tres semanas de cama le dejaron tan débil, dice, «que apenas puedo tenerme en pié; y tan flaco, que solo me conocen los que me ven á todas horas. En este estado, y al principio de él, añade, me cogió tu última carta... Veinte días después que la recibí llegó el socorro de los dos mil reales que tu fineza y tu caridad me libró por mano de mi antiguo amigo el marqués de Zambrano, con la rebaja de ciento veintiseis reales ménos ocho maravedises, que corresponden á la negociacion del giro... Dios te lo pague, Dios te lo pague. Esta limosna no pudo venir más á tiempo. Con ella satisfaré las deudas contraídas y aumentadas con los extraordinarios gastos de mi enfermedad, en la cual ninguna cosa me sofocaba tanto como la memoria de ellas. Haréme un humilde vestido de verano, pues no tengo otro que el que de mis trapos viejos me acomodé para el invierno, y me proveeré de algunas camisas, ya que solo me hallo con cuatro muy remendadas; sobraránme después como unos doscientos reales, los cuales servirán para socorrer por algunos días las grandes necesidades y mayores trabajos que nos esperan.

Es el caso que para el mes de Mayo, por repetidas órdenes de la corte, debemos estar ya separados unos de otros, sin que podamos vivir en una posada más que dos ó tres. Nuevo golpe que hará perecer de desnudez y de miseria á los que no tenemos otro recurso que la escasa pension del rey, la cual, con el desfallo del giro y del

cambio (que siempre se nos ha cargado), solo alcanza para el simple cubierto y para que el hambre no nos mate. Lo demás que es necesario para sustentar la vida ha de salir de la corona. Esta, en mis años y en mis ajes, solo me sirve de peso, puesto que no tengo fuerzas para estar en ayunas hasta las doce del día, ni mucho menos para andar á pié una legua en invierno y en verano en busca de una misa; circunstancia que regularmente acompaña á las pocas que se encargan á los pobres españoles que viven fuera de las ciudades...

Esto era en Febrero: á principios de Mayo anuncia que estaba «precisado á vivir solo en el cuarto bajo de una casa, á merced de una criada (con nietos), sin haber entendido jamás qué cosa sea gobierno ni economía, y reducido á la escasa pension del rey, ayudada alguna vez de tal cual socorro volante, me hallo siempre alcanzado, no obstante de tratarme en todo con la mayor estrechez; y si el Señor me regala alguna larga enfermedad, no tendré otro recurso, salvo algun extraordinario golpe de su divina Providencia, que refugiarme á un hospital ó perecer de miseria...» «El diario mio (gasto) por lo que toca á la mesa, se reduce á unas yerbas, á una libra de vaca y á dos huevos para comida y cena, así mia como de una criada (que es ya abuela de dos nietos)...

Hagamos alto, lector mio, que ya te veo con los ojos hinchados de lágrimas: no te avergüence dejarlas correr al contemplar desterrado de su patria y envuelto en la miseria al sabio, al regocijado y sencillito autor de *Fr. Gerundio de Campazas*. No encontrarás en sus cartas una queja, no verás en ellas, ni por asomos, el rencor y el odio; siempre resignado, unas veces se compara con los paños, «que se hacen tanto más fuertes cuanto más golpeados en el batán;» otra, con motivo de haber estado cojo dos meses por la dislocacion de un músculo, cuenta que, segun le decian, «hacia un cojo muy gracioso, especialmente despues que una señora me regaló con una pierna de cristal, á quien respondí que sin curar la flaqueza, habia aumentado la fragilidad.» Pero en estos mismos chistes, ¿cómo se revela la tristeza de su alma! «Ya ando sin dolor, pero poco; porque las piernas no pueden más despues de setenta y cuatro años de servicio, y piden de justicia la jubilacion. Yo les respondo que tengan un poco de paciencia, pues ya no puede tardar el breve de jubiladas por toda la eternidad.»

«Al fin Dios proveerá, exclamaba el padre Isla lleno de cristiana esperanza en medio de sus tribulaciones, y no se olvidará de mí el que cuida de albergar y mantener las hormigas.» Efectivamente, ya mientras residió en Crespelano, el senador Grassi le habia hecho alojarse en el aposento que para sí reservaba en su palacio: más generosa hospitalidad le esperaba aun en

Bolonia en casa de los condes Todeschi, de quien no volvió á separarse hasta su muerte. Oigámosle referir con qué motivo estos señores empezaron á dispensarle su proteccion.—«Entre los ajes que acompañan á mi avanzada ancianidad, el más molesto y no el ménos peligroso es una hernia que se descubrió el mes de Octubre pasado; y como en este reducido lugar no hay más que dos médicos de aldea, los amigos y protectores míos de Bolonia, entre la primera nobleza, solicitaron y consiguieron del vicelegado (sin hablarme palabra) licencia para que pudiese pasar por algunos días á aquella ciudad á consultar el remedio ó el alivio con los famosos profesores que hay en ella. Harélo con la brevedad posible, y me restituiré despues á Budrio más pobre de lo que estoy, por los inevitables gastos de un recurso que no puedo negar á mi salud.»

En una postdata añade: «Un momento despues de escrita esta llegó un abate amigo mio y de nuestro amigo Mr. N... con un cupé enviado por el conde Todeschi, y con la precisa instruccion de que sin réplica y sin detencion alguna me trasfiriere á Bolonia, donde sin falta me esperaban á comer. Fué preciso obedecer, y apeándome en la casa de estos señores, encontré esperándome en ella un habilísimo médico, que ordenó y dirigió él mismo la composicion de un tirabraguero cual él habia visto fabricar en Londres para el rey Fernando el sexto. Dos días se tardó en ajustarle, y me hallo tan bien con él como si no tuviera semejante mal; pero sus consecuencias, originadas de mi disimulo ó de mi vergüenza en descubrirle por el espacio de cuatro meses, dice el médico son tales, que no se pueden abandonar sin inminente peligro...»

Era esto en Marzo de 1773, y no pararon el conde y la condesa Todeschi hasta que desde 1.º de Setiembre del mismo año lograron establecer fijamente á nuestro jesuita en su palacio de Bolonia: «donde estoy tratado, dice, como si fuera hermano de los condes, una y otro avanzados ya en edad, pues pasan de los cincuenta, y ambos son dos ángeles humanos. Esta singularísima fineza me libra de cuidados mecánicos, tediosísimos á mi génio, y muy dispendiosos á mi ningún talento para ellos; mas no por eso se mejora la economía. El honor y la gratitud, tanto á los condes como á la numerosa familia, compuesta de 15 criados entre mayores y menores, me empeñan en gastos muy superiores á la cortedad de la pension.»

«Por lo mismo, continúa en otra carta, que estos señores en nada me distinguen de un hermano suyo, dándome cuarto, mesa, cama y un criado particular destinado á mi servicio, empeñan más mi agradecimiento y me obligan á que en manifestarle y en atender á las demás indispensables necesidades mías gaste más de lo que sufre la pension que el rey nos tiene señalada. Cada mes doy un peso duro al criado que me

tienen señalado. Tres veces al año, por Navidad, por el Carnaval y por Pascua de Resurreccion, es costumbre inalterable hacer alguna expresion con el resto de la numerosa familia, compuesta de 15 personas, y esta expresion siempre ha de ser en dinero, único regalo que aprecia en Italia la gente comun. Todo lo que toca á vestuario en este país es á precio muy subido. Debo tener dos vestidos de invierno y dos de verano; uno largo y otro de abale, no profanos ni de seda, pero propios y decentes, como quien se ve precisado á tratar con la mayor parte de la nobleza en una nacion donde no se puede sufrir la poca limpieza ni la impropiedad.»

Todas las cartas del padre Isla desde esta fecha demuestran el más profundo agradecimiento por el solícito esmero con que los condes Todeschi le asistian. Y no á ellos solamente debia favores y manifestaba gratitud: á menudo cita, y siempre con elogio, á otra señora que con aquellos dividia el placer de conservar en su compañía al ilustre jesuita. Hé aquí cómo nos da á conocer á esta otra protectora: «En este verano hice ya dos campañas (1) en compañía de mi señora la marquesa Tanary, dama veneciana que, habiendo casado en una de las más principales de Bolonia, quedó viuda en la edad de treinta años, con un único hijo de este segundo matrimonio, que apenas cuenta siete y es ya la admiracion de toda esta gran ciudad...

«La marquesa Tanery (tan apasionada tuya como mia) es mucho más de lo que te pudo decir ese colegial ni de lo que yo te puedo explicar. Será difícil encontrar en el bello sexo mayor talento ni esplicacion más feliz. Ella me enseña en todo lo que me pregunta, y me instruye cuando me pide consejo. Nada es superior á las prendas de su claro entendimiento, sino que lo sean las de su nobilísimo corazón. En suma, es una dama cabal; y si pudiera haber verdadera felicidad en esta vida, ella la lograria; pero no la goza precisamente, porque Dios no quiere que ninguno la goce habiéndonos criado para la felicidad eterna.»

Ambas familias Todeschi y Tanary no pensaban más que en obsequiar al buen padre Isla. «Desde que enfermé como en mi cuarto dos ó tres horas antes que los condes, porque estos nunca se sientan á la mesa hasta las dos ó tres de la tarde, segun la costumbre general de toda esta nobleza. Así los condes como la condesa todos los días asisten infaliblemente á mi comi-

(1) ¿Queréis saber á qué llamaba *campaña* el padre Isla? Pues oídsele á él mismo. «A principios del próximo Setiembre saldré con mis condes á *campaña*. No te asustes, que no es cosa de ir á la guerra. Es ir á respirar aire puro, franco y más abierto en dos palacios y casas de campo que tienen estos señores á diez y veinte millas de aquí... No se desenvainará la espada contra alma viviente racional; pero tampoco se dará cuartel á los pollos, faisanes, terneras, melones, paviás, ni especie alguna de fruta rica y regalada que caiga en nuestras manos...»

«En estas *villeggiaturas*, añade en otra carta, no hago yo otro papel que el de una fastidiosa compañía, como necesariamente lo es por punto general la de los viejos; y me figuro que estos señores, no solo sufren, sino que muestran no disgustar de la mia, precisamente porque sirva de contraste á otros continuos y gustosos divertimientos.»

da, fuera de las extraordinarias visitas que me hacen entre el día. Mi marquesa viene dos ó tres veces á visitarme; y cuando sus muchos cuidados no se lo permiten, ó me ha menester para algo, me envía una silla de manos, porque ni mi rotura ni mis vahidos se pueden hasta ahora fiar al movimiento de la carroza.»

(Se continuará.)

SANTA MARIA MAGDALENA.

Aunque difieren los autores acerca del origen y familia de Santa María, créese con fundamento más acreditada la version que la supone hermana de San Lázaro y Santa Marta, é hija de Eucaria y Siro, ricos propietarios de Bethania. El sobrenombre de Magdalena procedía de Magdalo, castillo de su propiedad situado en las orillas del lago de Tiberiades, en Genezareth, donde vivía entregada al lujo y á los placeres. Oyendo un discurso del Salvador sintióse de tal modo conmovida la bella pecadora, que resolvió mudar de costumbres y convertirse á la gracia divina. Supo un día que Jesus se hallaba en casa de Simon el fariseo, y encaminándose allá con un vaso lleno de una pomada ó licor aromático, arrojóse á los piés del Redentor, derramó sobre ellos el perfume, enjugándolos con sus cabellos, al par que los besaba en señal de humildad, vertiendo copiosas lágrimas. Nuestro Señor la defendió contra las injustas sospechas del fariseo, y dirigiéndose á la Magdalena, la dijo: «Serán redimidos tus pecados.» La santa mujer, reconocida, siguió desde entonces por todas partes al divino Maestro, ganosa de escuchar sus consejos é instruirse en su doctrina, aprovechando todas las ocasiones posibles de servirle y de repartir por él sus bienes temporales. Acompañóle hasta el Calvario, presenciando su muerte é inhumacion, y fué con las demás santas mujeres, la mañana del sábado, á embalsamar el sagrado cadáver con los perfumes que el día anterior habia comprado. Como no halló en parte alguna el cuerpo de Jesus, corrió á dar aviso á San Pedro y á San Juan, que acudieron presurosos á saber por sí mismos la verdad. María Magdalena, que los habia guiado hasta el sepulcro, no regresó con ellos, sino que permaneció junto á la desierta tumba tambien llorando amargamente. Su infinito amor tuvo por premio la gracia singular de ver al Señor entre los primeros el día de su resurreccion. ¡Marta! le dijo el Salvador, y ella se postró á sus piés; pero Jesus la envió á participar la nueva á los apóstoles. Despues se retiró á la vida penitente, y

murió segun unos en Efeso, aunque la version más acreditada fija su fallecimiento en una gruta próxima á Marsella.—H.

SECCION RECREATIVA.

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA.

BOCETO

por

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

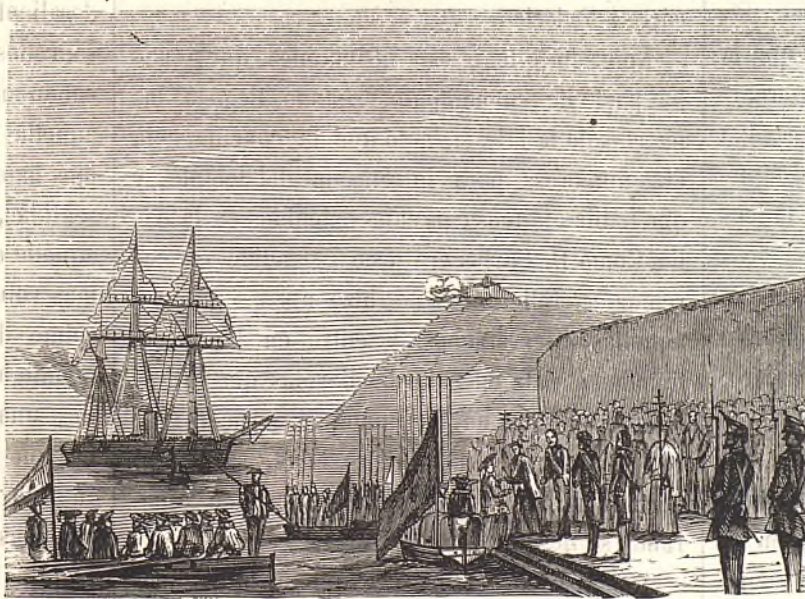
(Continuación.)

Una jóven de aspecto vulgar le precedía, y los celos de Amparo la concedieron una hermo-



SANTA MARÍA MAGDALENA.

sura maravillosa. Cuando se hubo arrodillado Federico á la derecha de su hermana, y á entrambos lados los padrinos, María se levantó, no pudiendo presenciar aquello por más tiempo, y su madre se vió precisada á seguirla. Parecía que su razon se habia extraviado.



Desembarque en Barcelona de los prelatos españoles trasportados de Roma por el vapor SAN QUINTIN.

Poco antes de llegar á la puerta principal de la iglesia sus piernas flaquearon y cayó de rodillas. Quiso levantarse y no pudo. Alzó los ojos, vió delante una imágen, procuró rezar, y no encontraba palabras; pero Dios la entendía. Su pensamiento se desprendió de la tierra, confundiendo en la region del amor infinito, y á los pocos momentos su espíritu quedó sereno, como

si el soplo de Dios hubiese apagado el volcan de sus pasiones. Cuando logró levantarse, salió á la calle apoyada en el brazo de su madre. Todo lo que veía á su alrededor la parecía mezquino despues de aquella sublime contemplacion. Dios poseía su alma por completo; la oveja descarriada habia vuelto á su rebaño.

Y en tanto, oculto en uno de los más oscuros rincones, Losada presenciaba con satisfaccion aquella escena, ignorante del bien que habia causado sin quererlo.

La baba venenosa de la serpiente se habia convertido en bálsamo de salud.

VII.

¡Qué egoista es el amor!

Crece una niña en el hogar paterno, rodeada de cariño; es hija única y sus padres la quieren con estremo, solo viven para ella y satisfacen todos sus caprichos: pensando en su porvenir, se imponen economías y privaciones.

La niña, cada día más hermosa, es el encanto de sus padres y el ángel bueno de la casa. Mientras en ella permanece, todo es allí alegría; en sus cortas ausencias parece aquello un desierto.

Pero la jóven se enamora; un hombre pide su mano y no pueden negársela. Cuando abandona su hogar para unirse á su marido, lloran los padres y la niña sale de su morada llena de júbilo, sin reparar siquiera el desconsuelo que produce. No fija su pensamiento en la espantosa soledad, en el vacío que deja, ni en la tristeza que en esas largas noches del invierno sentirán dos pobres viejos sentados junto á la chimenea, evocando sus recuerdos con los ojos húmedos de lágrimas y la cabeza reclinada sobre el pecho.

Variemos el cuadro.

Una jóven se une sin amor, sin conciencia de lo que hace, con un hombre que puede ser su padre. El marido procura compensar la diferencia de edades, rodeando á su mujer de atenciones; esta comprende y agradece aquellos cuidados, y corresponde á su esposo con una estimacion afectuosa. Pero otro hombre se interpone entre la mujer y el marido; aquella vacila, insiste el seductor, y en el corazon de

la esposa late un amor ilícito.

Al entrar en su casa, el confiado marido la halla un día desierta, y cuando se convence de su deshonor, siente en su pecho, antes tranquilo, un conjunto de dolores, la ira, el amor ofendido, el honor ultrajado, la vergüenza, la envidia, la repulsion y el deseo de venganza. Tormentos insoportables, cuando es preciso refre-

narlos en el corazón y aparentar en el rostro indiferencia; y más horribles aun cuando es la causa de ellos la misma mujer á quien se adora, la única de quien no podía esperarse el engaño, porque la imaginación en los extravíos del cariño la había divinizado.

La esposa al huir sacrificó á un amor adúltero la felicidad de su marido.

Pero basta de ejemplos: lleno de ellos está el mundo.

Losada sabía perfectamente las amarguras que había sembrado, y sin embargo estaba satisfecho, aunque solo significaban para él una remota esperanza. Todas las mañanas asistía á la sala de armas de Federico, con el pretexto de ejercitar sus fuerzas, pero en realidad para saber todos los pensamientos de éste y sostener un espionaje continuo. Temía que la casualidad descubriese algun día su odiosa trama y vivía prevenido; excelente tirador en su juventud, quería reemplazar al mismo tiempo la destreza perdida por lo que pudiese ocurrir, y observaba y estudiaba con una paciencia admirable los recursos del maestro, al cual mantenía á raya con frecuencia. Sucedió más de una vez en las lecciones, sobre todo si habían hablado de María poco antes, que Federico, á quien merecía Losada gran respeto, pero cierta antipatía que aquel no se explicaba, al cruzar los sables, no podía resistir al deseo de desahogar su despecho en el hombre que con la mejor voluntad, al parecer, le había hecho desgraciado. Como don Carlos era un discípulo temible, Federico apuraba entonces toda su habilidad, y Losada permanecía en actitud puramente defensiva, fatigándole, irritándole con su obstinada y vigorosa resistencia. Federico prodigaba golpes, ponía en juego todo su arte, y á medida que la contrariedad le hacía perder algo de su serenidad acostumbrada, su adversario aparecía cada vez más tranquilo. En aquellos días los discípulos formaban corro alrededor, y tomaba la lección el aspecto de un verdadero asalto.

Antes de tomar las armas departían amigablemente el joven y su rival, recayendo casi siempre la conversacion en María del Amparo.

Un día Federico, contra su propósito de no cruzar por la calle de su antigua prometida, había pasado por ella casualmente. María estaba al balcón, y al verle desde lejos entró en su casa con rapidez cerrando las vidrieras. Federico había formado una opinion muy triste de la joven.

Así pasaron dos ó tres meses, y todos los esfuerzos de Losada se estrellaban en la indiferencia de María. Tenaz en su empeño, no descuidaba ocasion de hacerse visible, de manifestarla su amor, de presentarse á ella como un refugio despues de tan doloroso desengaño. El rostro de Amparo nunca tuvo para Losada una sonrisa.

Murió doña Teresa, y sus parientes se hicie-

ron cargo de la huérfana. Losada, que hasta entonces no había creído llegada la ocasión de ofrecer su mano á María, la escribió una carta casi paternal, llena de cariño, de reflexiones sobre su porvenir, y suplicándola que le recibiese por esposo. María notó cierta relacion misteriosa entre la carta y los anónimos: detuvo aquella sin contestar, y á los tres días escribió estas breves líneas á D. Carlos.

«Mañana á las siete estaré en la iglesia de las Góngoras. Allí podrá Vd. saber mi respuesta á sus ofrecimientos generosos.»

VIII.

Al amanecer del día siguiente ya estaba Losada de pié, procurando reparar las injurias del tiempo en su marchita cara; todos los adelantos modernos habían sido agotados, todas las invenciones de la perfumería; cuando empleó dos horas en su tocado, salió á la calle como nuevo.

Despues de un corto paseo para que el aire de mañana diese cierta frescura á su semblante, D. Carlos se dirigió á la iglesia, ufano con su conquista. Debemos decir, sin embargo, en obsequio suyo, que no confundía á la joven en el número de las que en otro tiempo había tratado, ni pensó prevalerse de la situación en que María se encontraba. Había aprendido á conocer el valor de Amparo por lo mucho que aquella primera entrevista le costara. La quería para esposa; su corazón estaba en ello profundamente interesado. Pero no podía desprenderse de cierto impulso de orgullo y de cierta triunfante coquetería, y su imaginación sobre aquella risueña base volaba por los espacios creando mundos de ventura y buscando medios de alejar de la corte á Federico.

Apurado le tenía esta última idea, que aguiaba parte de su contento, cuando llegó á las puertas de la iglesia; notó que la concurrencia era numerosa para lo retirado del templo, y que había algunos carruajes detenidos en la calle. Como D. Carlos era poco entendido en ceremonias religiosas, no hizo apenas alto en aquellas observaciones, y entró en la iglesia fijando su vista en todas las devotas que allí se habían reunido; no bien pudo convencerse de que Amparo no estaba entre ellas, salió otra vez á la calle, y se detuvo en el pórtico esperando su llegada.

Así pasó media hora. Vió entrar algunas personas conocidas, y ya empezaba á impacientarse, cuando un coche de dos caballos paró delante de la iglesia.

Abrió el lacayo la portezuela, y D. Carlos vió con asombro que descendían del carruaje una señora anciana, un sacerdote y María del Amparo.

Estaba muy hermosa: la delicada blancura de su cutis contrastaba con sus negros y rasgados ojos; vestía un traje blanco, en cuyo honesto

escote no se sabía dónde empezaba el vestido y concluía la garganta: tal era la igualdad de los colores. Sus magníficos bucles rubios, ceñidos por una sencilla guirnalda de flores, flotaban en un desorden artificioso, obra de alguna diestra peinadora, y al poner el pié en el estribo, dejó ver un calzado de raso y una media blanca como la nieve.

D. Carlos quedó aterrado: su sangre estuvo un momento paralizada, y María, que le distinguió al instante, le dirigió una dulce y melancólica sonrisa, sin odio, sin rencor alguno. Era su despedida.

Losada siguió maquinalmente á la comitiva, y Amparo, arrodillándose delante del altar mayor sobre un almohadon, colocado exprofeso, oró con un fervor extraordinario, pidiendo á Dios algun favor, haciendo un testamento mental probablemente.

Entonces conoció el miserable amante toda la enormidad de su crimen: la exageró en la escéptica frialdad de sus ideas. Solo vió un sacrificio inútil en la clausura á que María se condenaba; no comprendía siquiera el bienestar inmenso, la tranquilidad de aquel espíritu que huía de los hombres para acercarse á la felicidad suprema.

Solo vió á María perdida para siempre tras las sombrías rejas del convento, vagando por sus claustros ó arrodillada en el coro, envuelta en su hábito, oculto el rostro bajo la toca que había de marchitarle, sujeta á los ayunos y mortificaciones, durmiendo sobre un duro jergon, ceñida á su cuerpo la áspera bayeta y arrepentida en aquella soledad de sus votos imprudentes. La consideró en uno de esos instantes de irresistible desaliento, alejada del mundo por juramentos sagrados, con el corazón lleno de deseos, buscando más espacio para su vida, ahogándose en aquella atmósfera, obligada á recitar con los ojos bajos y húmedos de lágrimas oraciones no sentidas, mientras su conciencia protestaba de aquella opresión violenta, más dura aun cuanto más voluntario había sido el sacrificio. Y para colmo de dolor, imaginó que en aquel pensamiento había de germinar indestructible y tiránica una idea constante: el recuerdo de un hombre que no era él, cuya imagen vería siempre á su lado, durante toda su vida, acompañada de ella hasta el sepulcro. Exageró los martirios morales que había producido, y se encontró á sí propio tan miserable, que no pudiendo sufrir la conclusion de la tristísima ceremonia, salió fuera del templo buscando aire para respirar y algo con qué distraer su imaginación calenturienta. Cuando se encontró en la calle volvió la vista al convento, y al contemplar el gigantesco ciprés que tras las tapias del jardín se descubre, le pareció aquel lugar un cementerio donde acababa de sepultar sus últimas esperanzas.

(Se continuará.)

SECCION POÉTICA.

À LA VIRGEN.

PLEGARIA.

Virgen, Madre de Dios, Reina del cielo,
tú, que calmas el mar con dulce risa,
y de flores sin fin cubres el suelo
y colores les das, aroma y brisa;
tú, Madre mía, cuyo santo anhelo
el llanto equiparó con la sonrisa:
palmera de Judá, paloma pura,
prodigio de bondad y de hermosura.

Tú, que alumbras los bosques con la luna
y los pueblas de pájaros cantores,
y alegras á los niños en la cuna,
si las madres te envían sus amores:
tú, que das el cristal á la laguna
y armonía á los pardos ruseñores,
presta ¡oh, luz de mi amor! al arpa mía
un canto de esperanza y alegría.

Mira, señora, que el veneno impuro
del hastío fatal abre honda herida:
que el mundo llama á su destino oscuro
y acorta el plazo de su breve vida.
Llama al trabajo aborrecible y duro:
el padre amante tórnase en suicida,
y cada instante ve tu sol bendito
hundirse en los infiernos á un precito.

Amargo llama al pan el hombre loco:
oscuro al cielo, de tu planta alfombra,
y aun le parece que te ofende poco,
si en sus impías quejas no te nombra.
—¡Sólo miseria con mis manos toco!—
dice el ingrato, y con su propia sombra
se irrita, se golpea y se enfurece,
y cada día su locura crece.

—«¡Pobre soy!»—Dice el pobre:—«Pobre he sido;
pobre seré mientras en la tierra viva:
para las privaciones he nacido
que lo dispuso así mi suerte esquiva.
«¿Qué más mérito ¡oh, Dios! habrá tenido
ese magnate que, en carroza altiva,
va luciendo su tren y su opulencia
con su lujo insultando mi indigencia?»

«Si hay una gloria, como algunos dicen,
dos glorias obtendrán los poderosos:
más los que, como yo, tristes maldicen
sus enlutados días, dolorosos:
aquellos cuyas vidas se deslicen
por áridos caminos, pantanosos,
infierno allá tendrán y aquí otro infierno,
aqueste temporal, aquel eterno.»

«En maldecir y odiar, la vida nuestra,
día tras día, ennegrecida pasa,
mientras que el rico, con potente diestra
favores puede hacer y bien sin tasa,
los suyos le bendicen, si se muestra
en el umbral de su opulenta casa,
y ve en su derredor tanta alegría
como yo veo luto y agonía.»

Y el rico, en tanto, clama:—«¡Estoy hastiado!
nada á mi paladar dice la mesa;
de lujo y de preseas abrumado,
la amistad, el amor, todo me pesa:
de gozar y vivir ya fatigado,
la sien, marchita, en sus latidos cesa,
y yerto el corazón, en triste calma,
dormida siento para siempre el alma.»

«¡Feliz el pobre que, al trabajo asido,
no tiene tiempo que dejar al tédio:
que el mundo encuentra bueno y divertido
y halla siempre á su afán grato remedio:
que come pan, y que, á su esposa unido,
para vivir y amar encuentra medio,
y halla fe, y esperanza y alegría,
y estrellas á la noche, y luz al día!»—

«¿Quién, hermosa señora y dulce Madre,
razón ha de tener en la árdua lucha?
¿Qué quejas oírás el Eterno Padre,
y qué gemidos su bondad escucha?
«¡Ningunos, bien lo sé! ¡No hay á quién cuadre
la suerte suya, y la piedad es mucha
del Supremo Hacedor que, en queja tanta,
no los convierte en polvo con su planta!»

«¡Impíos! ¿Qué queréis? ¿Nunca á los cielos,
ingratos, levantaís la sien profana?
¡Ved de la noche los flotantes velos
y la radiante luz de la mañana!
¡Pedid á la oración santos consuelos,
que dar no puede la grandeza humana,
y, pues alma teneis, de Dios hechura,
en Dios buscad la paz y la ventura!
«¡No la dejéis morir, los opulentos!
¡No, entre goces, mateis la inteligencia,
y huiréis del hastío los tormentos,
y guardareis la paz de la conciencia!
El que formó los rudos elementos
un alma os dió, que de su sér esencia,
al seno volverá que lo ha creado,
si su inocencia y paz habeis guardado.»

«¡Trabajad, poderosos! Las naciones,
en su incesante movimiento, gimen:
buscad consoladoras emociones
los males en menguar que las oprimen.
Miseros hay do quier, y hay corazones
que con una limosna se redimen
del poder de Satán, que al bien se lanza
aquel á quien sonríe la esperanza.»

Y vosotros los pobres desgraciados,
que la vida miráis yerta y sombría,
elevad vuestros ojos fatigados
á la plácida imagen de María.
Vosotros sois sus hijos bien amados,
y ella es madre de paz y de alegría
que enjuga con los pliegues de su manto
del pecador contrito el dulce llanto.

«¡Hay otra vida, sí! tras ese cielo,
do brilla escrita la palabra gloria
con estrellas sin fin, guarda su anhelo
la corona del triunfo y la victoria.
—«¡Hijos!»—os dice: «¡por vosotros velo!
¡Hijos míos, la vida es transitoria!

«¡Yo en ella padecí dolor profundo
y era la Madre del Señor del mundo!»

«¡Rezad y amad, que la paciencia santa
en la piedad y en el amor estriba!
«Las tentaciones, la oración quebranta
y el alma enamorada al mal esquiva.
«¡Esperad en mi amor! ¡Bajo mi planta
tengo sujeta la cabeza altiva
del infernal dragón, y sin mi ayuda
no quedará quien á mi seno acuda!»—

«¡Sí, yo te escucho, celestial Señora!
En tu cándida boca la alegría
tiene su asiento, y el que fiel te adora
jamás la vida encontrará sombría;
tu grata risa al firmamento dora,
las celestiales arpas melodía
aprenden de tu voz, y de tu acento.
suspendidos están mar, tierra y viento!

La vida es buena porque tú has vivido:
tú el amor maternal embelleciste:
los dardos que nos hieren te han herido,
y, cual nadie padece, padeciste.
La vida es buena: si el mortal perdido
sus horizontes con tinieblas viste,
es que no busca tus celestes ojos
para calmar su pena y sus enojos.

La vida es buena: si en el bien se emplea.
resbala alegre en la modesta casa:
risueña corre en la pajiza aldea;
vuela feliz si en la opulencia pasa.
El que estinguirla en su rencor desea,
el que la juzga de placer escasa,
su propio corazón ha destrozado
y en el pecho, por fin, se le ha secado.

Virgen, Madre de Dios, Reina del cielo,
tú, que calmas el mar con dulce risa,
y de flores sin fin cubres el suelo
y colores les das, aroma y brisa:
tú, Madre mía, cuyo santo anhelo
el llanto equiparó con la sonrisa,
palmera de Sion, paloma pura,
prodigio de bondad y de hermosura.

Tú, que alumbras los valles con la luna
y los pueblas de pájaros cantores,
y alegras á los niños en la cuna,
si las madres te envían sus amores:
tú, que sus aguas das á la laguna
y armonía á los pinos tembladores,
grita ya con tu boca bendecida:
—¡Ingratos, esperad! ¡Hay otra vida!»—

Un milagro es preciso, Virgen pura,
para que el mundo á revivir empiece:
salga en socorro suyo tu ternura.
pues le amaga el castigo que merece:
opon tu dulce voz á su amargura
que, en ondas bravas, desbordada crece,
y dile, en fin, con celestial pujanza:
—¡Vive para el amor y la esperanza!»—

MARÍA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO.

MISCELÁNEA.

Una de las obras que más llaman la atención pública en la Exposición universal es la de monsieur Besbrugger, representando lo que en Argel se llama *Tumba de la cristiana*, aunque restaurado de las mutilaciones que le han hecho sufrir las injurias del tiempo. El monumento original, tal como aparece en el grabado que va en la plana cuarta de este número, es una especie de pirámide poligonal de sesenta metros de radio, circunscrita por una columnata de orden jónico y coronada de un cono labrado formando graderías. La altura total de este monumento, derruido en gran parte, es de treinta y tres metros, suponiéndose con datos probables que medirá cuarenta y cinco en su construcción completa.

El decreto pontificio sobre el arreglo de las fiestas religiosas dispone guardar rigurosamente las de los domingos, y declara como de fiesta entera la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, Circuncisión, Epifanía, Ascensión, Corpus, Purificación de Nuestra Señora, Anunciación, Asunción, Concepción, San Pedro y San Pablo, Santiago el Mayor, Todos Santos y el santo patrono que designe Su Santidad para cada diócesis.

Ni en unas ni en otras se podrá trabajar ni tener abierto a ninguna hora tiendas, talleres ni obradores, de cualquier clase que sean.

El reverendo obispo de Mallorca proveerá en concurso los curatos vacantes y que vacaren en su diócesis dentro de tres años.

Se hallan en el primer caso los de Santa Eulalia de Palma, Llummayor, Porreras y Pollensa. El término para presentarse al concurso espira el 27 del corriente.

Se asegura que los Padres Cartujos de Nancy tratan de adquirir el antiguo y célebre monasterio de Porta-Celi en Valencia, con objeto de establecer allí esta Orden.

Ha salido ya de la Ciudad Eterna el señor conde de San Luis, el cual pasará dos meses en Francia y España, proponiéndose regresar en los primeros días de Setiembre a la corte pontificia. Asimismo ha salido de aquella capital el Emmo. cardenal Lastra, arzobispo de Sevilla, que toma el título de San Pedro Advíncula.

Se halla vacante el cargo de sacristán de la capilla de Santa Teresa, en la santa iglesia catedral de Leon, con la dotación de 6 rs. diarios, y la de sacristán organista de la iglesia parroquial de Iruecha, cuya dotación es de 160 rs. de fondos de fábrica, 500 que se calculan los derechos de estola y 32 fanegas de trigo que ofrece el pueblo, cobrada en las eras.

Los presbíteros que, adornados de las correspondientes licencias de celebrar y confesar, quisieran solicitarla, se dirigirán en el presente mes al ilustrísimo cabildo catedral los primeros, y los aspirantes a la segunda al párroco de dicho pueblo.

Por el ministerio de la Gobernación, y con fecha 29 de Junio último, se ha circularado a varias diócesis, y entre ellas a las de Almería y Gerona, una real orden por la cual se vuelve a declarar vigente la de 8 de Setiembre de 1865 respecto a la prohibición de celebrar exequias de cuerpo presente, considerando que en la estación calurosa en que nos encontramos no es conveniente para la salud pública el permitirlo, ni compatible con el sistema general preventivo que la administración ha adoptado por consecuencia de lo poco satisfactorio que se presenta el estado sanitario de Europa.

El día 16 del corriente tuvo lugar en el real monasterio de las Salesas la solemne y conmovedora ceremonia de vestir el humilde sayal de religiosa a la Excm. señora doña Bernardina Tellez

Giron y Fernandez de Velasco, hija de los duques de Uceda.

Si despreciar los halagos del mundo y encerrarse en un claustro es siempre un sacrificio que Dios ha de recompensar prodigamente en la otra vida, parece que ese sacrificio es aun mayor y digno de más alta recompensa cuando quien lo lleva a cabo es una joven descendiente de una de las más ilustres casas de Europa, colmada de cuantos dones hacen envidiable la vida; belleza, talento, nobleza y fortuna. La que el mundo admiró ayer, aquella cuyos ilustres apellidos evocan tantas glorias, tantas proezas que la historia transmitirá a los siglos venideros, la que ostentaba sobre su frente la corona ducal, hoy ya no es más que la humilde hermana Bernardina de Alaquoque.

¡Dichosa mil veces el alma capaz de abrigar esa fé que hace trocar las grandezas humanas y perecederas por las celestiales y eternas! ¡Bendita la religión que inspira tan inmenso sacrificio!

Merced a las activas diligencias del señor conde del Valle en Roma, se ha expedido ó debe expedirse próximamente la bula pontificia para que en las Islas Filipinas se forme el proceso correspondiente sobre el martirio del Ilmo. Sr. Berria-Ochoa, obispo de Tounkin, é hijo exclarecido de Elorrio. El ayuntamiento y cabildo eclesiásticos de aquella localidad han secundado por su parte las eficaces gestiones del señor conde del Valle.

Por traslación de D. Francisco Cañizares Gomiz a la de Velez Blanco, se halla vacante la coadjutoría de Gador, correspondiente a la diócesis de Almería. Los presbíteros que deseen tomar parte en la oposición presentarán sus solicitudes en el término de 15 días, que concluirán en 13 del actual.

Ahora que se trata de celebrar un concilio ecuménico en Roma, es curioso conocer la serie cronológica de todos los concilios generales que se han celebrado:

1.º El concilio de Nicea en 325, contra los arrianos. 2.º El concilio de Constantinopla en 381, contra los macedonios. 3.º El concilio Efeso en 431, contra Nestorio y los pelagianos. 4.º El concilio de Calcedonia en 451, contra Eutiques. 5.º El concilio segundo de Constantinopla en 558. 6.º El concilio tercero de Constantinopla en 680, contra los monoteístas. 7.º El concilio segundo de Nicea en 787, contra los iconoclastas. 8.º El concilio cuarto de Constantinopla, 689, contra Focio. 9.º El concilio de Letran en 1123, para arreglar diferentes materias de disciplina. 10. El concilio segundo de Letran en 1139, contra Arnaldo de Brescia. 11. El concilio tercero de Letran. 1179, sobre disciplina. 12. El concilio cuarto de Letran, contra los albigenes. 13. El concilio de Lion en 1245, contra el emperador Federico II, autor del célebre libro *De tribus impostoribus*. 14. El concilio segundo de Lion en 1274 para la reunión de los griegos. 15. El concilio de Viena en el Definado en 1311, contra los templarios. 16. El concilio de Pisa en 1409, contra el gran cisma de Occidente. 17. El concilio de Constanza en 1414, contra los huaitas y contra tres antipapas. 18. El concilio de Florencia en 1429, para la segunda reunión de los griegos. 19. El concilio de Basilea en 1431, que después de doce años de disidencias terminó con un cisma. 20 y último. El concilio de Trento, de 1545 a 1563.

Entre los 205 mártires que acaban de ser beatificados en Roma, los más distinguidos son:

Los misioneros apostólicos Alfonso Navarrete, dominico; Pedro de Zúñiga, español, de la Orden de agustinos; Pedro de Avila, español, de la Orden de San Francisco de Asís; Carlos Spínola, jesuita italiano, y Francisco Pachea, Joaquín Díaz, Bartolomé Gutierrez, Francisco Morales, Luis Sotelo y Jerónimo de Angelis; religiosos españoles. portugueses é italianos. Y entre los mártires indígenas del Japon, los más distinguidos son: Tomás Xiquiro, Simon Quiota y su mujer, Gaspar Cotenda con su madre, Magdalena Kyota, de familia real, y Antonio Corsi, con su mujer y sus hijos. Todos estos cristianos padecieron el martirio bajo la fiera persecución que empezó en el Japon en 1616 y no terminó hasta 1630.

El Cubosama del Japon publicó un edicto des-

terrando a todos los misioneros, prescribiendo la demolición de todas las iglesias, y mandando a todos los japoneses que habían abrazado el Cristianismo que renunciaban a él bajo pena de muerte.

El nuevo emperador Xogun Sama, hijo y sucesor de Cubosama Gixafu, publicó en 1619 otro edicto de persecución, y habiendo sabido que en Meaco las cárceles estaban llenas de cristianos, mandó que todos fuesen quemados vivos, sin distinción de edad ni sexo.

La ejecución se verificó en la plaza de un arrabal; los confesores fueron atados de dos en dos en cada cruz por el medio del cuerpo y la cabeza vuelta, uno contra otro. Los mártires cantaban á coro alabanzas al Señor.

Después del triunfo de estos mártires, el rey de España y las Ordenes religiosas de dominicos, franciscanos y jesuitas pidieron al Papa Urbano VIII el proceso de beatificación, al cual se dió principio en 1627. La Congregación de Ritos declaró en Febrero de 1627, con aprobación del Papa: *Constare de martyrio ex parte tyranni in casu de quo agitur*. Debían discutirse además, *an constare de martyrio ex parte passorum*, esto es, de parte de estos confesores, pero no tuvo lugar esta discusión. Pio IX mandó a la congregación de Ritos que la continuase, y en la mañana del 26 de Febrero último declaró en el gran salón del Colegio romano, en presencia de una multitud de personas: *Ita constare de martyrio ex parte passorum ut in casu, de quo agitur, procedi possit ad beatificationem*.

Además han sido elevados por Su Santidad a la categoría de santos, los beatos Josaphat, arzobispo de Poloc; Pedro Arbúes, Nicolás Pich y sus diez y ocho compañeros; los confesores Pablo de la Cruz, Leonardo de Puerto Mauricio, y las vírgenes María Francisca de las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo, y Germana Cousin.

Han sido rubricadas por S. M. las cédulas auxiliaorias para llevar a cabo el arreglo parroquial de las diócesis de Santiago, Barcelona y Guadix, en la forma publicada hace días por la *Gaceta*.

En la Exposición de Paris ha sido honrada en primer término la Italia, por un sacerdote y un religioso. El sacerdote se llama el abate Caselli, inventor de la *telegrafía autográfica*, y el religioso es el padre Angelo Secchi, de la Compañía de Jesus, inventor del meteorógrafo. El sacerdote, hijo de Liguria, estudió y adquirió nombre bajo el gran duque de Toscana: el fraile es un hijo predilecto de Pio y actual director del Observatorio del colegio romano.

Solución al Jeroglífico del número anterior:

CREE EN JESUS, Y CON FÉ ADORA
SU SANTA CRUZ, Y SU PIEDAD IMPLORA.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

Por lo no firmado,

El secretario de la redacción, F. L. DE HENALES.

Madrid: 1867.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.